



Culturales
Universidad Autónoma de Baja California
cecmuseouabc@hotmail.com
ISSN (Versión impresa): 1870-1191
MÉXICO

2005
Roberto Narváez
INTERNET: UN TEMA LEGÍTIMO DE HISTORIA CULTURAL
Culturales, enero-junio, año/vol. I, número 001
Universidad Autónoma de Baja California
Mexicali, México
pp. 74-123

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México

<http://redalyc.uaemex.mx>



Internet: un tema legítimo de historia cultural

Roberto Narváez
Universidad Nacional Autónoma de México

Resumen. Siguiendo la exposición y el análisis individual y comparativo de los principios y las tesis básicas que Robert Darnton y Roger Chartier han admitido para desarrollar sus respectivos modelos de historiografía cultural, en este artículo se ofrecen comentarios, críticas y conclusiones a propósito de la manera en que los autores mencionados, dejándose llevar honestamente por la consecuencia reflexiva y asumiendo la responsabilidad científica que les corresponde, han aplicado, cada uno por su cuenta, determinados géneros de razonamiento, ciertas clases de inferencias y métodos extrapolados de otras disciplinas sociales con el fin de justificar teóricamente la inclusión de los medios electrónicos y cibernéticos de comunicación –destacando especialmente la Internet– en sistemas explicativos de las relaciones fundamentales que traban generalmente los sistemas de producción y circulación de textos (impresos o digitalizados) y las diferentes modalidades de su recepción y uso por los individuos.

Palabras clave: 1. libro, 2. lectura, 3. medios de comunicación, 4. Internet, 5. prácticas culturales.

Abstract. Following the exposition and the individual and comparative analysis of the basic principles and thesis that Robert Darnton and Roger Chartier have considered valid in order to sustain their respective models of cultural historiography, in this article the reader will find commentaries, critics and conclusions regarding the manner in which the aforementioned authors, carrying their reflections honestly until the final consequences and assuming the scientific responsibility for what they are doing, have applied certain kinds of reasoning and inference, as well as methods found in other social disciplines to theoretically justify, each in his own way, the inclusion of electronic and cybernetic communication media –especially the Internet– in explanatory systems of the fundamental relationships that generally maintain the systems of production and circulation of texts (both printed and digital) and the different modalities of their reception and use by individuals.

Keywords: 1. book, 2. reading, 3. media, 4. Internet, 5. cultural practices.

Internet: un tema legítimo de historia cultural

I

EL DESARROLLO tecnológico facultado por la ciencia de la computación ha transformado en alto grado los sistemas de organización y práctica de la investigación teórica y empírica en general. Actualmente ya casi nadie se sorprende al atestiguar cómo los descubrimientos en muchas disciplinas ocurren y son publicados vía cibernética con una rapidez vertiginosa; merced a los equipos de cómputo, el científico ahorra mucho tiempo y esfuerzo en la realización de su trabajo. Planeada y diseñada como un auxiliar electrónico para tareas de cuantificación y razonamiento formal, la computadora digital —es decir, la más familiar, por encima del tipo analógico— funciona por su capacidad para resolver problemas ejecutando operaciones prescritas con los datos (símbolos, números, palabras) que le son incorporados con antelación. La habilidad para computar automáticamente garantiza importancia, prestigio y poder a este singular artificio de la ingeniería humana. Desde finales de la década de 1930, los matemáticos podían confiar en las ventajas que un asistente intelectual automático les traería para facilitar avances en teoría algorítmica. Tal confianza no se vio traicionada, como tampoco sucedió en múltiples áreas empíricas del saber; por ejemplo, en la investigación de lenguajes de programación expresivos —junto con las técnicas para su traducción— y la de los programas de computadora considerados en sus sistemas básicos de operación y banco de datos (principales agregados de *software*). Un campo de estudio que despierta particularmente el interés lo constituye la posibilidad de lograr cogniciones a través de un cerebro cibernético, lo que necesariamente implica un concepto de inteligencia artificial.¹

Es preciso entender, sin embargo, que los medios para ejercer computaciones pueden variar de acuerdo con diferentes niveles de automatismo; en cualquier caso, la materia que da sentido a

¹ Todos los detalles y las referencias técnicas y teóricas acerca de los sistemas constructivos de las computadoras y los elementos que participan en la configuración de la Internet, salvo que se indique lo contrario, provienen del Computer Museum History Center (URL: <http://www.computerhistory.org/>) y de la Internet Society (URL: <http://www.isoc.org/internet/history/cerf.shtml>).

Culturales

sus funciones, puesto que representa su objetivo, es, ha sido y será siempre la misma: información. En efecto, lo de menos es la forma que ésta asume durante los procesos de cómputo digital: números, textos o símbolos; el recuento de todos acumula, precisamente, unidades informativas. El hombre, al construir aparatos computadores, se reconoce a sí mismo lidiando con el problema de la información. La empresa total de la investigación científica incluye siempre una sistemática y difícil reflexión en torno a esta circunstancia. Ello explica la importancia analítica del concepto de las cantidades informativas en muchas disputas a propósito de las cualidades indispensables que una teoría debe tener para resistir los embates de la crítica filosófica, en particular de la que se da en llamar “posmoderna” (Lyotard, 1994:14-16).²

Acceder a la información, colectarla, manejarla y transmitirla son las fases básicas en el procedimiento inaugural del circuito de la comunicación. De esta manera surge el segundo elemento fundamental en la comprensión del innovador fenómeno cibernético: la velocidad. La computadora se debe a la incesante producción de información y determinadas clases de comunicación se deben, a su vez, a la computadora; el resultado es un circuito de la comunicación ampliado y caracterizado por una rapidez impresionante. En la actualidad, semejante ampliación se ha vuelto portentosa: constituido por redes de computadoras enlazadas conforme a ciertas especificaciones (como son el URL, *Uniform Resource Localizator* y el HTTP, *Hyper Text Transfer Protocol*) y manejable gracias a navegadores (caso del Microsoft Internet Explorer) que siguen vínculos y envían preguntas a un servidor para permitir al usuario ingresar a un sitio, el circuito de la comunicación que potencia la Internet, o World Wide Web, trafica una cantidad extraordinaria de información cifrada en hipertextos a los cuales el usuario puede acceder por intermedio de lo que se denomina un servidor de Web (Bolter, 1991; Landow, 1992; Snyder, 1996).

El impacto ha sido tremendo. Fuente de noticias, dispensadora de inagotables géneros de entretenimiento para la mera curiosi-

² También el filósofo Karl Popper, promotor del llamado “reconstruccionismo lógico”, desarrolló ideas parecidas en sus reflexiones sobre el descubrimiento científico y la epistemología de las ciencias (Miller, 1995:114-130).

Internet: un tema legítimo de historia cultural

dad y, en casos dados, herramienta de salvación ante una urgencia inquietante, la Red se presenta al individuo contemporáneo como un artículo demandable por motivos vitales. Una casa, una oficina, una tienda, una biblioteca, un laboratorio, un cubículo universitario, en fin, casi todos los espacios donde tienen lugar las actividades cotidianas de una sociedad actual medianamente industrializada, muestran un aspecto físico –especialmente por lo que se refiere a la distribución de los espacios para transitar– nunca visto antes, gracias a la omnipresencia de computadoras interconectadas vía módem; en efecto, un monitor, un teclado y un CPU (por no mencionar a las computadoras laptop), más la impresora, caben hasta dos o tres veces en el sitio que solía ocupar tan sólo un pesado archivero para papeles.

Convengamos, pues, en que la computación electrónica y la Internet han determinado una genuina alteración en los patrones organizativos e intelectuales que solían seguir los hombres en la promoción y mantenimiento de su vida. Observar esta situación mueve a inquirir sobre el significado de las modificaciones acaecidas en los sistemas tradicionales de producción, difuminación y recepción social de los objetos culturales (Murray, 1997; O'Donnell, 1998) y las nuevas lógicas que los humanos, en tanto que lectores, aplican al descifrar textos cibernéticos –los cuales, tal y como aparecen en pantalla, no parecen estar organizados con la linealidad que caracteriza al texto impreso–, definiendo, así, una relación original con los mismos (Birkerts, 1994; Chartier, 2001; Gurak, 2001; Lynch, 2001). Para explicar esto, conviene admitir como un hecho fundamental que la información es, en esencia, un flujo manipulable para brindar satisfacciones específicas a la humanidad; pero su manipulación controlada es un problema que demanda soluciones racionales. Mantener a la vista, sin embargo, que los problemas analíticos relacionados con las necesidades humanas de información están comprendidos en el concepto de la comunicación, donde la racionalidad opera con mayor intensidad que en el concepto de la información (Crosson y Sayre, 1982). Ahora, cuando se analiza un fenómeno y se descubre un principio de racionalidad guiando la sucesión de causa a efecto, es lícito asumir como probable que su explicación debe ir inserta en un sistema de alcances teóricos definidos, lo que moti-

Culturales

va la programación y ejecución de una investigación científica en toda regla.

Una disposición intelectual de esta clase ha inspirado proyectos de historiografía cultural centrados en el estudio de la confección original y difusión de los libros y otros textos impresos, y las prácticas de lectura en los diferentes niveles de una sociedad. Trátase de ubicar teóricamente, describir y caracterizar todos los aspectos referentes a la producción, los medios de transmisión y las formas de recepción de lo escrito impreso y su influencia en las sociedades del pasado y del presente; a este propósito, la elección de los conceptos considerados más idóneos para construir hipótesis fuertes, y de las estrategias metodológicas que se deben seguir, varía con cada historiador, dependiendo de las exigencias de su tema y de la orientación epistemológica particular que obtiene de otras disciplinas –cuando juzga pertinente hacerlo–. Al acometer esta labor, los especialistas en historiografía de la lectura y los libros pretenden comúnmente delinear un sistema interpretativo capaz de facultar la prospectiva, en atención a datos empíricos y premisas como los que resumo a continuación: la producción y consiguiente difusión de la información representa una constante de todas las épocas; por tanto, la teoría con que describamos y expliquemos la ocurrencia y los efectos del mismo en el pasado tendrá que valer igualmente para describir y explicar esa ocurrencia y efectos en el presente y el futuro, más allá de que cada coyuntura específica ofrezca particularidades de interés para el análisis. Abordar un problema histórico bajo una mira similar hace que el estudioso reconozca la utilidad del análisis semiótico y la inferencia hermenéutica, lo cual es legítimo cuando se lidia con asuntos en cuya investigación es difícil experimentar y formular preguntas que lleven ya inscritas en sí las respuestas –sea, por ejemplo, la dificultad para describir de manera inteligible cada estadio en el proceso de la lectura–.

Mencionaré concretamente a dos historiadores que han destacado por trabajar en esta guisa: Roger Chartier, francés, y Robert Darnton, estadounidense. Ambos han dado a sus proposiciones un alcance sistemático fuerte, y sus construcciones teóricas son a tal punto interesantes que incitan comentarios y discusiones

Internet: un tema legítimo de historia cultural

en numerosos ámbitos de las ciencias sociales. Entregados a la enseñanza y redacción de artículos y monografías durante más de tres décadas, han aportado ideas y sugerencias para optimizar el planteamiento de las cuestiones que más agitan el debate contemporáneo de la historiografía –interdisciplina, escalas de observación, controversias epistemológicas sobre el estatuto de lo real a partir de conceptualizaciones inéditas del texto, entre otras–. La responsabilidad por la consecuencia analítica determina sus esfuerzos por localizar a la Internet en una historia del libro y de la lectura; más aún, en el seno de una historia cultural de ambición totalizadora –proyecto que tanto más convendrá, si tiene éxito, a la síntesis teórica–. Y sin embargo de que su mutuo intercambio intelectual no ha estado exento de fricciones, cada uno reconoce y proclama el valor de la obra del otro.

En el resto de este escrito me propongo examinar lo que Darnton y Chartier –historiadores, pero también usuarios, al fin– argumentan y concluyen sobre las alteraciones que la Internet ocasiona en las prácticas culturales de lectura, los estilos de investigación erudita y los mecanismos de edición y publicación de textos historiográficos empleados tradicionalmente por universidades y otros agentes de la difusión del saber. Mi meta es hacer ver por qué la discusión de la Internet, un asunto relativo a temas demasiado amplios e importantes para confinarlo a los análisis de una sola ciencia, reclama la participación de los historiadores, pues, como lo muestran Chartier y Darnton, reflexionar sobre esta cuestión significa, en el fondo, reflexionar sobre las condiciones que posibilitarán el mantenimiento y la expansión académica y pública de la disciplina histórica en el porvenir.

Antes quiero desahogar una sospecha: la de que varios lectores, llegados a esta línea, fruncen todavía el ceño y se preguntan cómo podría justificarse con sensatez una relación entre la Internet, los libros y la lectura. Esa relación es discernible cuando la precede una investigación documental y empírica que permita exhumar las implicaciones teóricas comunes a cada fenómeno considerado. Trataré de explicarme: al enfrentar el problema de la Internet, Darnton y Chartier no planean registrar la biografía de una innovación tecnológica (y si lo hicieran, la cali-

Culturales

dad científica de su labor podría brillar en cuanto a la puesta en operación de un cierto método, pero no en cuanto a un propósito de teoría), sino poner a prueba la hipótesis de que la Red es teóricamente significativa para ensayar una crítica de contenido de la historiografía cultural y determinar hasta qué punto, y en qué forma, sería necesario actualizarla, considerando los problemas teóricos, psicológicos y epistemológicos –éstos, básicamente– que se detectan al relacionar los medios electrónicos de comunicación con los sistemas de producción y difusión de otra clase de vehículos informativos, así como las prácticas lectoras que los individuos de cada época desarrollan para interpretar y utilizar a los mismos. Para ellos, pues, la Internet y el libro clasifican con igual derecho como documentos para el estudio y la comprensión teórica del cambio histórico en los medios de comunicación, dado que ambos han probado ser soportes y transmisores de información, agentes básicos en el florecimiento de un especial circuito comunicativo de diferentes alcances sociales.³ Es un hecho, sin embargo, que se pueden contar muchas diferencias en lo particular. Observados en su materialidad, la probabilidad de una comparación se reduce al mínimo, pero cuando el investigador los entiende como causantes de modos de lectura asimétricos puede, como ya dijimos, abrir sus miras hacia una historia cultural que jerarquice, en un nivel próximo al de las ciencias nomotéticas, los elementos de un sistema explicativo fuertemente cohesionado por la lógica, facultando con

³ Es justo admitir que los historiadores (y, para el caso, los científicos sociales en general) regulan sus análisis y esfuerzos de teorización o formalización del modo en que aquí expongo, aun cuando no puedan o sepan explicitar cómo lo hacen. Junto con muchos autores, mantengo que a los historiadores corresponde aclarar la epistemología de su disciplina en primer lugar –esto es, antes de aguardar a que los “epistemólogos profesionales” lo hagan–, incluso utilizando para ello, cuando es preciso, términos filosóficos en su sentido fuerte. Lo cierto es que los historiadores, en tanto que científicos, guían sus razonamientos conforme a lógicas parecidas a las que dirigen la construcción de hipótesis y el diseño de experimentos en la ciencia natural; una diferencia importante es que aquéllos emplean de ordinario principios universales de forma tácita, sin embargo de la inconsciencia normal con que así proceden. Recordar esto es fundamental para entender el sentido de mi redacción cuando presento críticas en términos de una filosofía científica o enuncio las características de sistema que se pueden reconocer en las obras de Darnton y Chartier.

Internet: un tema legítimo de historia cultural

ello una caracterización más o menos formal de ciertos usos y costumbres culturales (como las prácticas de lectura) propias de cada época.

II

1. Roger Chartier ha juzgado que determinados principios y tesis teóricas de la ciencia social autorizan la configuración de un sistema explicativo capaz de demostrar, desde la historiografía, la existencia de una relación *analítica* –no olvidar lo fundamental de esta clasificación– entre la Internet y los libros. Nacido en la ciudad de Lyon en 1945, Chartier publica textos sobre la historia cultural de la Francia del Antiguo Régimen desde 1969, y entre sus muchas obras destacan no sólo las monografías, pero también los ensayos críticos (Chartier, 2000:9-12; Goldman y Arfuch, 1996:3-17). En realidad, podría decirse que Chartier se condenó a sí mismo a recurrir al género ensayístico cuando, temprano en su carrera, quiso compartir algunas observaciones inspiradas por el medio académico en el que había participado desde estudiante. Admirador de los maestros fundadores de la revista *Annales*, la influencia específica de Lucien Febvre dirigió sus reflexiones juveniles sobre las mejores formas de hacer la historiografía intelectual y cultural europea, o, con mayor ambición todavía: construir una nueva historia en clave interdisciplinaria capaz de resistir la presión de las ciencias sociales que buscaban arrebatarse su puesto dominante en el plano institucional (Chartier, 1992:13-62), amenaza que no sólo puso en guardia a Febvre y a Marc Bloch antes de Chartier, sino también a Fernand Braudel, Jacques Le Goff y otros autores que siempre batallaron por hacer triunfar el modelo de *Annales*.⁴

⁴ Algunos textos y referencias fundamentales donde se narra y discute la fundación de esta revista y la influencia que ha generado se pueden hallar en Febvre, 1970:15-36, 59-72, 219-246; Stoianovich, 1976; Iggers, 1984:43-79; Burguière, 1991:34-39, y Burke, 1993. Un balance crítico marcado por el escepticismo respecto de la viabilidad actual del proyecto original de *Annales* –aunque no exento de propuestas alternativas para la improvisación hacia mejor de la disciplina histórica– puede verse en Revel, 1995:79-91.

Culturales

La postura de Chartier en el debate sobre la historia intelectual en Francia es definitiva: los esfuerzos de Febvre para superar las limitaciones del método cuantitativo, al preferir una acepción de lo representativo basada no en la cantidad sino en la calidad, mostráronse tan benéficos en la operación que la historia intelectual corriente, ocupada en el estudio de “inteligencias desbocadas e ideas sin soporte”, se vio pronto sustituida por una historia cultural interesada en las representaciones colectivas, los “utillajes mentales” y las “categorías intelectuales” disponibles para toda una sociedad en épocas determinadas (Chartier, 1992:22, 32-33). En opinión de Chartier, estas variaciones marcan un viraje tanto más digno de celebración por cuanto facilitó reivindicaciones importantes a la disciplina histórica:

Los rasgos característicos de la historia cultural así definida, que articula la constitución de nuevos campos de investigación con la fidelidad a los postulados de la historia social, son la traducción de la estrategia de la disciplina que se daba una legitimidad científica renovada (garantía del mantenimiento de su centralidad institucional), recuperando para su beneficio las armas que habían debido derribarla (Chartier, 1992:47).

Nació, pues, una historia centrada en las complejidades de lo social más que en la estadística –técnica que muchos historiadores han tomado erróneamente como un método para obtener conclusiones indiscutibles a partir de cifras seriadas–, y luego de su bautismo en Francia fue presentada al mundo con el nombre de *histoire des mentalités*. Los investigadores contaban con un arsenal bien provisto: la interdisciplina. Su estrategia para la defensa y el ataque se volvió famosa: explotar la noción de mentalidad. Pero seamos francos: tal estrategia era imperfecta, y en semejante circunstancia el arsenal difícilmente podía rendir con provecho. Los historiadores no sabían reconocer que, si los objetos de sus análisis se mostraban particularmente reacios al tratamiento interdisciplinario, ello se debía a la fragilidad del estatuto epistemológico de la historia en comparación con otras ciencias sociales (por ejemplo, la antropología); además, nunca desarrollaron a fondo un concepto de mentalidad epistemológicamente

Internet: un tema legítimo de historia cultural

válido para legitimar su empleo en el análisis historiográfico.⁵ Y si bien la llamada “historia de las mentalidades” sigue impresionando a muchos, la verdad es que ha fracasado. Sus presupuestos teóricos son endebles; sus enunciados habitualmente aparecen imbricados en una maraña de circularidades, peticiones de principio y otras fallas elementales de la lógica. Y si hablamos de mentalidad en términos de una noción, decididamente no la entendemos aún como principio teórico, lo que impide conseguir algo más que bosquejos de explicaciones científicas; en historiografía, la confusión fraseológica es inevitable cuando se discurre sobre la mentalidad.⁶

Mas hoy, por lo menos en Francia, raro es el historiador que deposita su confianza en el primer vocablo de sonido técnico que de súbito adquiere fama en la escena de la ciencia social. Es innegable que los historiadores de aquella nación se han vuelto más reflexivos, filosóficos, cautos; su habilidad para evitar la

⁵ La reflexión a propósito de las mentalidades se originó en la antropología social y cultural. Inventado originalmente por el sociólogo francés Lucien Lévy-Bruhl, la introducción del término “mentalidad” a la investigación antropológica se debió principalmente al británico Edward Evans-Pritchard (Burke, 1997:109-114; Lloyd, 1996:1-6; Revel, 1991:470-477; Burguière, 1991:42-49). En su artículo citado, Burguière afirma: “Lo que ahora llamamos antropología histórica no puede ser nada más que el cumplimiento del programa que Marc Bloch asignaba a la historia de las mentalidades” (p. 49). Una conclusión muy optimista, desde luego, sobre todo si se le compara con los argumentos de Lloyd, por citar a un autor tan sólo.

⁶ Los historiadores franceses, con Febvre al mando, atrajeron el término “mentalidad” a su campo desde la antropología con el propósito de hacer, y no reclamar solamente, una historia interdisciplinaria orientada por un problema –requisito mínimo para lograr la cientificidad, según creía Febvre–. Sin embargo, en ausencia de una definición clara de mentalidad útil para la investigación histórica, disminuyó la posibilidad de alcanzar explicaciones convincentes –es decir, enunciados respetables desde la perspectiva teórica, y lo bastante, al menos, para que la crítica científica y filosófica no juzgara inútil el intento de refutarlo–. Es lícito preguntarse si aquellos historiadores conocieron alguna vez las críticas que Bronislaw Malinowski, antropólogo, dirigió en 1916 contra el postulado del “prelogismo” en la mente salvaje y el uso metodológico del concepto de mentalidad en su propia disciplina (Malinowski, 1993:175-327). Una crítica más reciente al empleo del mismo concepto tanto en historia como en antropología puede verse en Lloyd, 1996. Las observaciones de Lloyd subrayan la falta de imaginación científica persistente en los historiadores y antropólogos cuyas obras considera.

Culturales

circularidad en los argumentos y anticipar objeciones fundamentales se ha refinado; y lo más importante: han aprendido a rechazar la falacia del principio de autoridad. Esta actitud es sumamente firme en Chartier, quien no pierde oportunidad de aconsejar a sus colegas una sana puesta en guardia contra las opiniones recibidas (Chartier, 1995a:7-8) y arriesgar inversiones de perspectiva como un acto preliminar al enfrentamiento de ciertas corrientes “posmodernas” de pensamiento influyentes que amenazan la pervivencia de la historia como un cuerpo autónomo de conocimiento. Estos temores, probablemente, son exagerados; lo indudable es que la defensa de la historia continúa, y más cuanto que la mayoría de los principales interesados entienden actualmente lo que significa enunciar que el estatuto epistemológico de su ciencia es frágil. Desde el punto de vista de la lógica y la filosofía de la ciencia, esto no tiene remedio; mas ello no implica que el historiador tenga que vivir en agonía. Por su parte, Chartier estima que la agonía historiográfica es evidente cuando se afirman las simplificaciones intelectivas.⁷ Es preciso, entonces, luchar contra esta tendencia.

2. Chartier ha programado su contraofensiva particular. Ante todo, sugiere asimilar la idea de que la historiografía cultural improvisa para mejor cuando se restituye la justa complejidad de sus objetos, lo que se logra sometiendo a debate los conceptos dominantes de cultura popular (Chartier, 1995a:8). La moderna historia de la lectura –que deriva, en Francia, de la vieja historia intelectual y cultural con base en la noción del “utillaje mental”– no puede florecer sin un concepto reformado de cultura popular (Chartier, 1991:437-439). En pos de una reforma integral, hay que negar validez a la típica oposición postulada entre lo popular y lo culto, artificio reductor con el que numerosos autores han pretendido solucionar de golpe la cuestión de las asimetrías en el empleo de los bienes culturales por diferentes grupos de una sociedad en una época determinada.

⁷ Paráfrasis válida con base en el llamado de Chartier a no postular una “asignación simple y unívoca de las formas culturales” (Chartier, 1995a:8), aunque tal estimación resulta evidente en la base de sus interpretaciones generales del trabajo histórico, como hago notar en varios lugares de este escrito.

Internet: un tema legítimo de historia cultural

Con demasiada frecuencia, en efecto, el recurso a esta categoría [la de cultura popular] supone de entrada como resuelto el problema que plantea todo estudio de un objeto o de un gesto cultural, a saber: cómo precisar sus áreas y modalidades de uso. Por tanto, nos ha parecido un error de método utilizar sin discusión crítica una noción que postula *a priori* la validez de una división que, por el contrario, habría justamente que establecer.

En consecuencia, [más vale dar] preferencia al inventario de materiales comunes a toda una sociedad (rituales festivos, impresos de gran circulación) y a la diversidad de prácticas de que son objeto, una diversidad que no se deja encerrar en el mero contraste entre lo que sería popular y lo que no lo sería (Chartier, 1995a:9-10).

Chartier discute la suficiencia de las dos perspectivas más frecuentemente asumidas en el análisis de lo popular:

- 1) La que vindica a la cultura popular suponiéndola un sistema simbólico autónomo, inmune a las influencias de otros posibles sistemas culturales.
- 2) La que afirma que lo popular se define positiva y exclusivamente como la antítesis de lo culto (Chartier, 1995a:121-122).

Estas perspectivas son insuficientes en el sentido de que limitan la crítica objetiva del historiador, obligándolo a crear modelos explicativos simples; por ejemplo, modelos basados en la idea de que la cultura popular vivió su “edad de oro” en Europa desde la temprana Edad Media y hasta el siglo diecisiete:

El [...] problema no es tanto poner fecha a su supuesta desaparición irremediable [de la cultura popular] como el de considerar, para cada época, cómo se lían las relaciones complejas entre formas impuestas, más o menos constrictoras e imperativas, y las identidades afirmadas, más o menos plenas o contenidas (Chartier, 1995a:124-125).

En última instancia, pues, Chartier urge a eliminar tres preconcepciones de la historia cultural:

- 1) Que la cultura popular puede ser definida por contraste con otra clase de cultura.

Culturales

- 2) Que es lícito caracterizar como “popular” a un público que se supone receptor privilegiado de ciertas producciones culturales específicas.
- 3) Que las expresiones culturales se pueden considerar socialmente puras, o incluso, en casos determinados, como intrínsecamente populares (Chartier, 1995a:127).

La investigación empírica de los materiales culturales debe regularse con una sistemática reflexión acerca de los instrumentos metodológicos y una vigilancia epistemológica severa. He aquí la manera de sortear las conclusiones precipitadas y amparar a la inteligencia de las mistificaciones verbales. Chartier invierte la perspectiva y al cabo de sus pesquisas y razonamientos adelanta una proposición inédita en historiografía: las fracciones popular y culta de una sociedad son igualmente aculturadas y aculturantes (Chartier, 1995a:128). Con esto pretende impulsar la superación de la vieja *histoire du livre* francesa que tanto propugnaron François Furet, Jacques Ozouf, Robert Mandrou, Genevieve Bollème, Henri-Jean Martin y Daniel Roche –estos dos últimos, en menor medida, ya que sus presupuestos siempre fueron muy similares a los de Chartier– y que maduró en la década de 1960, cuando Roche formó un equipo para coordinar el estudio de la vida cotidiana en el París del siglo dieciocho con el análisis de las tendencias en la producción libresca y los hábitos de lectura de los diferentes grupos sociales (Burke, 1993:79-80).

3. En rigor, esta superación se ha consumado merced a la introducción de un concepto: el de *apropiación cultural*, surgido básicamente de la reflexión de un sociólogo, Pierre Bourdieu, y la de filósofos como Paul Ricoeur, Michel Foucault y Michel de Certeau, conocidos todos por sus análisis de los mecanismos sociales de producción de sentido en conexión con la hipótesis de que una sociedad no consume pasivamente los objetos culturales que llegan a sus manos, sino, al contrario, los recrea y hace suyos cuando los interpreta en formas rebeldes a las intenciones originales que los creadores de dichos objetos pudieron abrigar al momento de publicarlos (Bourdieu, 1998; Ricoeur, 1999; Foucault, 1999; De Certeau, 1993; Burke, 1997:114-117).

Internet: un tema legítimo de historia cultural

Ahora, la versión del concepto con la que opera Chartier es, básicamente, la de Michel de Certeau. Éste enseñó que las formas “populares” de la cultura se moldean en una sociedad a través de tácticas de resistencia contra las imposiciones deliberadas de sentido (De Certeau, 1993:68; Chartier, 1992:37, 1996:7-8). Chartier propone, justamente, ilustrar la tesis de la apropiación con una “historia social de los usos y las interpretaciones relacionados con sus determinaciones fundamentales e inscritos en las prácticas específicas que los construyen” (Chartier, 1995a:128).

Por el lado del método, esta empresa reclama, ante todo, examinar los sistemas de circulación de los objetos culturales en las sociedades de cada época, suponiendo que aquella circulación no equivale a un simple proceso de difusión vertical, desde arriba. Los objetos culturales transitan con dinamismo, y el que los individuos compitan para adquirirlos revela cuál es el producto final de la difusión cultural: inspirar la búsqueda de la distinción:

Mientras la propiedad del objeto por sí misma significó durante mucho tiempo la diferencia social, fueron las maneras de leer las progresivamente investidas de esa función al jerarquizarse los usos plurales de un mismo material [...] Toda historia, sea económica o social o religiosa, exige el estudio de los sistemas de representación y de los actos que éstos generan y, por tanto, es historia cultural (Chartier, 1995a:14).

Como se echa de ver, un programa historiográfico así delineado implica la incorporación de la hermenéutica en la investigación. En efecto, para Chartier el reto es “captar [...] tan precisamente como sea posible, a pesar de las limitaciones de la documentación, las diversas maneras en que los lectores antiguos enfrentaban y manejaban lo escrito” (Chartier, 1995a:12).⁸

⁸ Esta cuestión de la “documentación limitada” también es importante para definir los criterios de investigación y redacción de un modelo de “microhistoria” que se ha desarrollado en Italia desde 1975, y se considera igualmente para discutir los propósitos totales (en particular, los de índole política) que se deben definir para tal empresa historiográfica. Insatisfechos con los grandes modelos explicativos de lo social, económico y cultural (marxismo, funcionalismo,

Culturales

Notar las interesantes características con las que Chartier ha nutrido a su sistema: una cuidadosa comprensión y adaptación operativa de principios interdisciplinarios, un ambicioso trabajo de reformulación conceptual, una utilización sagaz de la hermenéutica para hacer frente a los aspectos apenas visibles, rastreables, de la documentación; en fin, cimientos de una radical nueva visión que ha facultado a la historiografía cultural para evadir el riesgo de zozobrar en la lógica viciada que inunda a la noción de mentalidad generalmente utilizada. Con Chartier, a mi juicio, la historia cultural inicia una tercera etapa: mientras que Febvre y sus discípulos inauguraron la rebelión, con éxito, en contra de la vieja investigación sumida en un trance asténico por la fascinación cuantitativista, Chartier lanza una ofensiva que pone de manifiesto la ruina de múltiples conceptos y teorías y avanza por medio de una valiente renuncia a dejarse satisfacer por lo fácil en la construcción teórica y por la sola apariencia de brillantez en la improvisación metodológica.

neoclasicismo en economía, entre otros), que incorporan demasiadas abstracciones y basan sus explicaciones en modelos de tipo similar al nomológico-deductivo, estos autores proponen orientar la investigación en historia social, económica y cultural, no hacia la medida de “propiedades abstractas”, pero hacia la integración e interrelación de tantas propiedades como se pueda observar (Revel, 2000; Grendi, 1977; Levi, 1993; Ginzburg, 1993). Esto, según ellos, permitiría demostrar, por la vía de ciertos experimentos diseñados en relación con los problemas de caso investigados, que las “generalizaciones” de la ciencia social tradicional no sirven para explicar la “realidad concreta” de la vida en “pequeña escala”, justo lo que la mencionada ciencia pretende hacer en última instancia (Iggers, 1997:107-117). El éxito en este ámbito, pues, tendrá que buscarse “reduciendo la escala de observación” y escrutando las fuentes “intensivamente”, para empezar, de manera que se rescate a los excluidos de la historia en su estricta “individualidad” (Ginzburg y Poni, 1979:181-190; Aymard, 1987:253-254). Es verdad, sin embargo, que los pronunciamientos de esta corriente de microhistoria, en particular los de Carlo Ginzburg y Giovanni Levi, presentan inconsistencias fáciles de notar cuando se les indaga con los métodos críticos de la filosofía científica; pero es de reconocer el interés de sus monografías y ensayos para improvisar en la discusión acerca de si es posible aguardar la llegada de una teoría social completa en torno a las clases precisas de observación e inferencia que se realizan efectivamente durante la pesquisa historiográfica (más allá de que los historiadores aludan tácitamente a principios universales) y a propósito de las dificultades epistemológicas relacionadas con la evidencia y los criterios de prueba y experimentación en historiografía.

Internet: un tema legítimo de historia cultural

4. Veamos, pues, cómo diserta Chartier a propósito de la incorrección en el enfoque de las mentalidades para aclarar la manera en que un público lector recibe una entrega determinada de textos impresos; sea el ejemplo de la *Bibliothèque bleue*, ese almacén de obritas supuestamente concebidas para “expresar la mentalidad” del pueblo bajo en Francia y otros países de la Europa del Antiguo Régimen. Reflexionando a partir del concepto de apropiación, Chartier afirma que el error de aquel enfoque surge por no incluir en sus presupuestos un dato, a saber: que “siempre una distancia separa lo que propone el texto y lo que hace de éste su lector” (Chartier, 1995a:132). Cuando el *corpus* textual de la *Bibliothèque bleue* es cribado y recortado por los editores para “casar” con las estructuras de la “mentalidad popular”, las versiones originales de cada texto cambian porque su destino ha cambiado igualmente –de las clases dominantes a las dominadas–; lo fundamental es reconocer, como hace Chartier, las “significaciones diferentes” con que los dichos textos se encuentran ahora investidos. En resumen:

Más que una adecuación supuesta entre el repertorio del buhonero [vendedor ambulante de libros, entre ellos los de la *Bibliothèque bleue*, en la Europa del Antiguo Régimen] y la “mentalidad popular”, que se arriesga mucho a no ser más que una tautología (ya que el éxito de la “literatura popular” se explica por su homología con una mentalidad que, de hecho, se deduce de la temática libresca), lo que importa es una historia social de los usos y las comprensiones de los textos por las comunidades de lectores que, sucesivamente, se adhieren a ellos (Chartier, 1995a:132).

La fidelidad a este proyecto obliga al historiador a ser paciente mientras explora bibliotecas y archivos con el fin de “reconstruir las reglas y las restricciones que gobiernan las prácticas de la representación letrada, o popular, de lo popular [...] para descifrar correctamente el sólido aunque sutil vínculo que ata esas representaciones a las prácticas sociales que son su objeto” (Chartier, 1995a:134). Esta misión, así especificada, no se puede cumplir sin el auxilio de la hermenéutica y de la semiótica. El historiador de la cultura necesita ejercitar una lectura espe-

Culturales

cial y aplicar un método de interpretación para descifrar la trama de signos y símbolos que, muy a su manera, informan sobre una cultura. Sea el caso, por ejemplo, de la semiótica y simbología propias de la gestualidad aneja a toda práctica de lectura. El investigador lee a través de las “grandes oposiciones morfológicas” que resultan de la comparación intertextual para entender cómo éstas moderan las “formas de la transmisión de los textos” (Chartier, 1995a:134). Chartier se ha concentrado en dos oposiciones fundamentales al reflexionar y evaluar hipótesis relativas a la morfología de la lectura campesina en Francia durante el cuarto final del siglo dieciocho: lectura en voz alta/lectura silenciosa, lectura/recitación (Chartier, 1994b:82-101).⁹ Advierte contra ciertos microhistoriadores que han precipitado conclusiones al exagerar el empleo de este método:

La identificación de los rasgos morfológicos que organizan las prácticas es [...] una condición necesaria pero insuficiente para designar adecuadamente las diferencias culturales. Las formas populares de las prácticas no se despliegan en un universo simbólico separado y específico; su diferencia siempre se construye a través de las mediaciones y dependencias que ligan a los modelos y a las normas dominantes (Chartier, 1995a:135-136).¹⁰

Según esto, la interpretación morfológica por sí misma no basta para “atribuir complejidades justas” a los objetos culturales integrados en un circuito de comunicación social. Esto es tanto como rendirse a la petición de principio mecanicista que adecua instantáneamente un material de hechura intelectual con una mentalidad postulada gratuitamente, lo cual conlleva un serio peligro: asumir sin más que la experiencia, en última instancia, es reducible al discurso (Chartier, 1995a:132). Chartier propone a sus colegas fortalecer la crítica y ahondar en la investigación para descubrir que lo popular adquiere sentido sólo cuando se le entiende y usa como “una categoría de historia social

⁹ Reproducido previamente, con algunas diferencias de formato, en Chartier, 1993:177-199.

¹⁰ Carlo Ginzburg ha intentado justificar teóricamente y probar las ventajas del análisis morfológico en varios ensayos de historiografía (véase Ginzburg, 1989).

Internet: un tema legítimo de historia cultural

que designa medios peculiares” en la operación historiográfica; con esos “medios peculiares” se refiere a los “elementos contradictorios que constituyen el mundo social”. La función principal del método sería, entonces, “introducir un elemento de tensión, de polarización (concepto de las apropiaciones diferenciadas)”, para construir el “orden de jerarquías” que estructura las relaciones culturales y sociales en cualquier época de una nación (Goldman y Arfuch, 1996:11).

Chartier ha tenido que hacer mucha crítica textual para definir a lo popular como una categoría de historia social. Y ha llegado a declarar que considera virtualmente idénticas a la crítica textual y a la denominada nueva historia cultural (Chartier, 1997:3). Una reflexión metodológica lo llevó a decidir que una buena alianza interdisciplinaria es la de la *histoire du livre* francesa con la *analytical* o *physical bibliography* anglosajona (Chartier, 1997:4; Chartier y Roche, 1980:119-120, 138-139; McKenzie, 1986). La bibliografía analítica, que tiene en D. F. McKenzie a su máximo representante, constituye una suma de conocimientos que avalan una técnica –más que informar una teoría– de análisis de los textos en su materialidad (Chartier, 1991). Chartier se acercó a ella cuando necesitó un concepto de textualidad que fortaleciera el sentido específico con el que adaptó el concepto de apropiación en su sistema. En efecto, no se puede esperar contradicción cuando al estudio morfológico de los gestos de un lector se añade el de la materialidad de los libros que descifra.

Chartier llevó su reflexión lo bastante lejos para abstraer la riqueza conceptual escondida en una técnica. Gracias a ello pudo instrumentar un método destinado a dar el último golpe a la vieja historia intelectual y cultural (léase: de las mentalidades), en tanto que éste se ocupa de textos escritos, desplazando el objeto de observación de lo que supuestamente había en la cabeza de los lectores a sus prácticas interpretativas, localizadas en un entorno social dinámico y agonístico. Es decir, vio que era legítimo reformular la definición del libro como *objeto*, y en la medida en que prolongó su reflexión hasta el punto de la *aprehensión conceptual* fue consecuente, puesto que definir a un objeto equivale, en gran parte, a inscribirlo –nombrarlo y

Culturales

clasificarlo para su identificación ulterior– en un determinado sistema de relaciones, y esto conviene cuando se busca nutrir a una teoría con la información requerida para superar una prueba epistemológica.

5. Asistimos a una “inversión de la perspectiva” sumamente ambiciosa. Chartier está persuadido de que su escritura y los presupuestos analíticos a que se atiene pueden acelerar una “mutación del trabajo histórico” benéfica para la investigación interdisciplinaria en ciencias humanas (Chartier, 1992:48-49). Aproximar los ojos al documento, a la luz de una matriz teórica cuidadosamente inmunizada contra cualquier factor que propicie la caída en contradicciones y paralogismos, y someter a un examen cercano y paciente las modalidades en que los individuos juegan con las representaciones para dar sentido al mundo, he aquí el orden seguido por nuestro autor para comprender “cómo, en las sociedades del Antiguo Régimen, entre los siglos XVI y XVIII, la circulación multiplicada de lo escrito impreso transformó las formas de sociabilidad, autorizó pensamientos nuevos, modificó las relaciones con el poder”. Se trata, pues, de eliminar todo abstraccionismo en el método y aceptar la concreción de las formas impresas que constituyen, del texto al proceso de la impresión, el “espacio de la construcción de sentido” (Chartier, 1992:49-55). En una investigación empírica, la abstracción teórica y la responsabilidad por la vigilancia epistemológica se deben articular para controlar sistemáticamente el análisis documental y de otros objetos:

Es posible desarrollar un trabajo empírico con un texto, con un género editorial o con un conjunto de prácticas, pero intentando vincular los tres elementos: el texto, el libro y la lectura. Digo “tres elementos”, pero no es posible desvincular el texto y el libro o la forma de transmisión; se trata sólo de una distinción teórica que permite establecer el campo de trabajo. Sería contradictorio con mi perspectiva decir que es posible hablar de un texto sin hablar al mismo tiempo de la forma a través de la cual circula (Goldman y Arfuch, 1996:6).

Así, nuestro historiador ha redondeado magníficos argumentos –aunque no definitivamente persuasivos– al examinar te-

Internet: un tema legítimo de historia cultural

mas como las representaciones y prácticas derivadas de las lecturas campesinas y los impresos corrientes en la Francia revolucionaria a finales del siglo dieciocho, las estrategias editoriales en relación con las estrategias de lectura popular discriminables para el periodo de 1530 a 1660 (Chartier, 1993:7-36) y las trayectorias del libro a la lectura según se pueden apreciar en los testimonios a propósito del uso que se daba al impreso en las ciudades francesas entre 1660 y 1780 (Chartier, 1995a:37-81), y al debatir cuestiones como la de establecer si, y de qué manera, ciertas expresiones literarias de la Ilustración, que circulaban abierta o clandestinamente, representan (en la acepción estricta que demanda una historia cultural semiótica y hermenéutica) los “orígenes culturales” de la Revolución de 1789 (Chartier, 1995a:93-117, 1995b), debate al cual, por cierto, Robert Darnton también ha contribuido con varias monografías y artículos, ofreciendo una serie de conclusiones que han merecido la oposición franca de Chartier.¹¹ Y digo que el desacuerdo no ha sorprendido porque, como ya lo afirmé en el primer apartado, el intercambio intelectual entre ambos autores ha sido a veces discordante, sobre todo a causa de la disparidad en las respectivas elecciones teóricas. Ofreceré un ejemplo. En 1985, Chartier, inquieto por las impresiones que le deparó la lectura de un libro publicado por su colega un año antes, intitulado *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa* (Darnton, 1987), decidió arrojar el guante por la vía de una reseña que fue impresa en las páginas del *Journal of Modern History* (Chartier, 1985:682-695). En el fondo, esta reseña no contiene sino un reproche y una crítica fundamental. El reproche: Darnton es injusto cuando, en el prólogo de su libro citado, afirma que los historiadores culturales franceses no han hecho lo bastante para superar la obsoleta historiografía de las mentalidades (Darnton, 1987, 1988:49-50). En opinión de Chartier, Darnton habló así porque no estaba puesto al día; es

¹¹ Chartier ha criticado el pensamiento de Darnton sobre este particular en otros lugares también; por ejemplo, una reseña del libro de aquél intitulado *Édition et sédition. L'univers de la littérature clandestine au XVIII^e siècle*, aparecida en *Le Monde* el 22 de febrero de 1991 y reproducida en Chartier, 2000:229-233.

Culturales

decir, no se había molestado en hojear siquiera la obra del mismo hombre que le dirigía el reproche. La crítica fundamental: realizar una “historia con espíritu etnográfico” (Darnton, 1987:11) basada en el concepto de cultura propuesto por el antropólogo Clifford Geertz –concepto supuestamente mejor informado y, por tanto, más adecuado a una operación historiográfica eminentemente narrativa–, opción que Darnton prefiere a lidiar con las mentalidades. No es la única, dice Chartier, tampoco la más recomendable, por cuanto reduce la experiencia al texto y no es compatible con la visión de una semiótica y una iconología que valoran el análisis heurístico de la noción de polisemia, a la que se refieren las explicaciones de la multiplicidad de representaciones y usos, más o menos libres, que los individuos dan a los objetos culturales. Este ataque es de principio y repercute a favor de una epistemología que rechaza los presupuestos del llamado *linguistic turn* o *semiotic challenge*, una famosa “inversión perspectivista” surgida en el ámbito de la crítica literaria que constituye una enorme amenaza para la historiografía, en particular para una historiografía cultural que privilegia el uso del concepto de apropiación, diría Chartier, por cuanto reduce la experiencia al texto y, en consecuencia, niega importancia gnoseológica a los modelos centrados en las explicaciones contextuales, no necesariamente deterministas pero sí envueltas en el problema de la causalidad (Chartier, 2000:229:233, 1995b:137; Pagden, 1988:528-529; Zammito, 1993:803).

Y se debe entender el racionalismo de Chartier. Ya que hemos visto en qué trabaja, y cómo trabaja, no es probable que incurra en contradicción cuando afirma que las prácticas de lectura han atravesado por lo menos tres revoluciones identificables desde que la primera tuviera lugar en Europa en los siglos doce y trece, es decir, antes de que Gutenberg inventara los tipos móviles pero mucho después de que el *codex* sustituyera al volumen como soporte material del texto (Chartier y Cavallo, 1998:39-43). Esa primera revolución afectó elementalmente a las funciones de lo escrito; en efecto, durante los siglos doce y trece surgió un modelo escolástico de la escritura que “transformó al libro a la vez en objeto y [...] en instrumento de la labor intelec-

Internet: un tema legítimo de historia cultural

tual” (Chartier, 1996; Chartier y Cavallo, 1998). La segunda revolución se fraguó durante la segunda mitad del siglo dieciocho y su comprensión exige, ante todo, el análisis de los característicos órdenes de leer modernos: uno intensivo y otro extensivo, es decir, lecturas y relecturas de un solo texto, sin variar, y la lectura de un libro tras otro en pos de la erudición anhelada por el espíritu ilustrado –considerando el momento en que surge el hábito de leer en silencio, para uno mismo, lo que hace caer un tanto en desuso al recital (Chartier y Cavallo, 1998)–. La tercera revolución de la lectura apenas ha comenzado: su *sentido* será aprehendido por quien *relacione* el hecho objetivo de la nueva forma electrónica de transmisión de los textos con las maneras de leer que impone (Chartier, 1994a, 1995b; Chartier y Cavallo, 1998:42).

6. Es evidente que este subrayado de las revoluciones en una periodización de la historia de la lectura depende de un criterio comparativo. En Chartier, este criterio está normado por los dos conceptos fundamentales que hemos revisado: el de consumo cultural activo, vale decir productivo, y el de apropiación. Al comparar según estas normas, Chartier identifica lo que ha cambiado históricamente en su objeto y logra explicarlo por inferencia gracias a la información conceptual con que nutrió a un sistema teórico capaz de resistir, al menos en principio, los embates de un examen filosófico y científico aplicado en toda regla. Tenemos, así, que nuestro autor se ha confiado a un determinado sistema para demostrar, desde la historiografía, la existencia de una relación analítica entre la Internet y los libros; propiamente, entre el texto, el soporte o vehículo del texto y las formas correspondientes en que el texto es leído. Para él, pues, analizar las técnicas y los materiales para una historia del libro es condición previa a la ampliación de una teoría que legitime a la historiografía de la lectura como estudio cardinal dentro de una historia de la cultura más englobadora. Este análisis se ocupa de las “modalidades de tránsito” de una cultura iletrada a una cultura letrada para definir los elementos que dan sentido a un discurso ulterior sobre las revoluciones de la lectura.

Culturales

La historia del libro, cuando se le considera ampliamente como la historia de la escritura [...] permite una reflexión sobre las modalidades del paso histórico a la cultura escrita. Esta cuestión puede ser examinada en varias escalas: primera, la de la “gran división” que, de acuerdo con la clásica tesis de Jack Goody, marca una oposición esencial entre las sociedades que carecen de lenguaje escrito y las que sí lo poseen; segunda, la que pone el énfasis en las conquistas de la literalidad y la cultura impresa por las sociedades europeas después de la invención de Gutenberg, y tercera, la que señala el ensanchamiento de las diferencias a través del orden social contemporáneo y pone en tela de juicio las distinciones harto simplistas entre alfabetización y analfabetización, entre las normas escolásticas y la escritura ordinaria (Chartier, 1995c; la traducción es mía).

En el sistema de Chartier, la posibilidad factual de una revolución de la lectura se infiere de una valoración teórica precedente de las revoluciones en los modos de producción, los materiales que soportaban a los textos y el aspecto y usos diversos de los vehículos textuales. Comparando, descubrimos que la revolución que promueve la Internet respecto del libro es similar en muchos puntos a la que antaño promovió el tránsito del *codex* al volumen; por tanto, es interesante para la ciencia valorar y probar hipótesis tendientes a confirmar que la modificación histórica en las artes de leer se relaciona efectivamente con la evolución de las tecnologías de la comunicación. Chartier dispone y critica sus premisas como sigue:

La invención de Gutenberg revolucionó fundamentalmente la técnica de producción y reproducción del texto, pero no la estructura fundamental del objeto escrito y tampoco, en un cierto sentido, las prácticas de lectura. El *codex*, por otra parte, inauguró una revolución en la estructura dada al texto y constituyó también una revolución profunda para las prácticas de lectura, pero no representó una revolución significativa en la técnica de reproducción porque los textos continuaron siendo manuscritos. Así, la revolución de hoy articula elementos formadores de las dos principales revoluciones históricas en la cultura escrita –la invención del *codex*, la invención de los tipos móviles. Pero si pensamos en las relaciones entre la forma o estructura del texto y las prácticas de lectura, está claro que la comparación legítima debe hacerse entre la invención

Internet: un tema legítimo de historia cultural

del *codex* y el desarrollo del texto electrónico (Chartier, 1997:7; la traducción es mía).¹²

Si la Internet representa una genuina “mutación” histórica, ¿cómo situarla en una historia comprensiva del libro? Para Chartier, “el dominio de la revolución electrónica [...] depende en gran medida de su correcta inscripción en una historia de larga duración”; luego, la tarea del historiador consiste en recuperar la “trayectoria” de lo escrito hasta el momento actual (Chartier, 1995a:250-258).¹³ Hoy se trata de saber qué pasa cuando la lectura se practica con un texto desplegado en la pantalla de una PC, y no ya en un pliego de papel (Chartier y Cavallo, 1998:42-43).

Leer sobre (*sic*) una pantalla no es leer en un códice. La representación electrónica de los textos modifica totalmente su condición: sustituye la materialidad del libro con la inmaterialidad de textos sin lugar propio; opone a las relaciones de contigüidad establecidas en el objeto impreso la libre composición de fragmentos manipulables indefinidamente; a la aprehensión inmediata de la totalidad de la obra, hecha visible por el objeto que la contiene, hace que le suceda la navegación en el largo curso de archipiélagos textuales en ríos movientes. Estas mutaciones ordenan, inevitablemente, imperativamente, nuevas maneras de leer, nuevas relaciones con lo escrito, nuevas técnicas intelectuales. Si las revoluciones precedentes de la lectura sobrevinieron cuando no cambiaban las estructuras fundamentales del libro, no sucede lo mismo en nuestro mundo contemporáneo. La revolución iniciada es, ante todo, una revolución de los soportes y las formas que transmiten lo escrito. En esto, el mundo occidental no tiene más que un solo precedente: la sustitución del volumen por el códice (Chartier, 1995a:255-256).

Robert Darnton es hombre crítico, sin duda, y también, aunque de un modo hartamente singular, ha luchado durante años para

¹² Véase igualmente Chartier, 1995b:7-24.

¹³ No pensar que cuando Chartier alude a la “larga duración” piensa necesariamente en las especies de teoremas que al respecto delineó Fernand Braudel hacia 1958 (Braudel, 1989:60-106, 122-126), y menos en tanto aquéllos contienen grandes dosis de un estructuralismo que ha perdido mucha fuerza en los últimos 40 años.

Culturales

conseguir una sana “inversión” en muchas perspectivas historiográficas. Para él, Chartier generalmente no ha incurrido en faltas graves al consignar los resultados de sus pesquisas y ofrecerlos al público; sin embargo, es justamente la clase de “inversión perspectivista” sugerida por su colega la que no termina de convencerlo. Si Chartier teoriza demasiado, piensa Darnton, en cambio no explica lo bastante y a menudo falla cuando intenta asir lo “esencial”. Sucede, en rigor, que estos dos hombres no acuerdan en muchos aspectos debido a que no formulan las mismas preguntas. ¿Cómo iban a hacerlo, cuando sus formaciones profesionales y sus elecciones teóricas han sido tan diferentes?

III

1. Contando casi 62 años de edad, Robert Darnton ha declarado que la idea de “perderse en el ciberespacio” por el resto de su vida le parece “aterradora” (Kirkpatrick, 2000). Uno de los historiadores culturales más prolíficos y respetados del mundo, reportero del *New York Times* de 1964 a 1965 (Darnton, 1975:175-194), fiel discípulo de Clifford Geertz, profundo conocedor del archivo de los editores franco-suizos de la Société Typographique de Neuchâtel –que comenzó a escrutar en 1963 y le ha representado un apoyo documental enorme para ejecutar la práctica totalidad de su obra–, este afamado profesor de Princeton afirma que los medios tradicionales de publicación de textos académicos deben ser complementados con el recurso a las computadoras y la Internet (Darnton, 1999c:134-135, 1999d:5-7), de suerte que la lentitud y el alto costo económico de su producción y difuminación actuales no impidan a los jóvenes eruditos ver circular sus escritos en forma de monografías o artículos impresos (Darnton, 1999a y 1999b; Gersman, 2003).

Pero no se trata de salvar a los libros. Darnton –al igual que Chartier– no teme realmente por la desaparición del libro en su forma tradicional (Darnton, 1999d:5; Chartier, 2001); su inquietud es menos fatalista y más pragmática: visto el grado de popularidad y fuerza que han adquirido los medios de comunica-

Internet: un tema legítimo de historia cultural

ción electrónica para transmitir información a gran velocidad y, en muchos casos, evitando las inversiones excesivas y arriesgadas de dinero, ¿qué deben hacer la historia y las ciencias sociales para mantener un buen ritmo de publicación y asegurar la continuidad de su presencia en la sociedad? Pero esto, en realidad, se constituye en un problema por derivación; existen dificultades de orden técnico que solucionar previamente. En Estados Unidos, la cantidad de publicaciones eruditas se ha reducido significativamente en las últimas dos décadas, lo que responde a numerosas causas y no sólo a la presión negativa de los costos; ahora, para Darnton el problema fundamental es el impacto intelectual y anímico que la crisis tiene en los historiadores jóvenes (Darnton, 1999d:6). Esta circunstancia impresiona como la posibilidad misma de la muerte, pues, como es sabido, no sólo en Estados Unidos sino en el Occidente entero el esfuerzo por difundir las propias ideas en la academia es una batalla para ganar la cual se arriesga todo, es decir, o se publica o se perece. Igualmente, por supuesto, los historiadores veteranos perciben la amenaza; ingresan súbitamente a un laberinto, y reflexionan: nosotros hemos publicado, y publicamos aún, pero en esta coyuntura ¿cómo estar seguros de que seguiremos publicando? Darnton propone que la solución es editar *e-books* (libros electrónicos).

2. Antes de volver sobre los significados de esta actitud es necesario evaluar el edificio historiográfico que Darnton comenzó a montar en 1968, fecha de publicación de su primera obra.¹⁴ Quien observe con precaución notará que el interés fundamental de Darnton al definir un tema y escudriñar, en consecuencia, un *corpus* documental pertinente a la clarificación conceptual y el refinamiento descriptivo se dirige más a los libros y su circulación en una sociedad determinada que a la lectura. A esto se debe, muy probablemente –sin olvidar la premisa de la elección teórica específica–, la predilección por el relato y la discusión de la narrativa en la historia encima de

¹⁴ Publicado en Harvard con el título *El fin de las Luces. El mesmerismo y la Revolución*. Apud Chartier, 2000:250.

Culturales

la discusión teórica o las tentativas formalizadoras. Pero no quiero decir que Darnton niegue todo valor a las disputas epistemológicas, metodológicas y filosóficas. Al contrario. Justo como Chartier, sólo por mérito de esfuerzos tales ha logrado “invertir la perspectiva” con el fin de mejorar y dar sentido y legitimidad científica a la operación histórica.¹⁵ Mas Darnton, ciertamente, no reflexiona con la energía y la seriedad que caracterizan a su colega. Para él, ensayar con modelos o esquemas teóricos significa adoptar a los que le parezcan mejores y aplicarlos, sin ponerse en guardia contra las implicaciones filosóficas que ulteriormente podrían inspirar dudas en algún observador y, acaso, el deseo de convocarlo a un debate para reclamarle aclaraciones, o avisarle, en justa lid, sobre la existencia de contraargumentos o estrategias analíticas que permiten refutar sus tesis, o, en fin, sugerirle una bibliografía que podría ayudarlo a ubicar mejor su objeto y modificar sus dictámenes. La costumbre de Darnton, en realidad, es buscar alguna postura analítica desde la cual puede razonar sin miedo a caer en contradicciones inmediatas, y se afirma en ella. Así, por ejemplo, cuando en 1980 estimó que la historia intelectual en su país natal atravesaba una severa crisis y quiso hacer algo al respecto, opinó que el futuro de la crisis dependería de las relaciones que la historia intelectual trabara con la historia social y, sobre todo, de la negativa a aceptar como vocabulario analítico la fraseología que la llamada escuela de *Annales* ha puesto en circulación (Darnton, 1988:43). En segundo lugar, propuso atacar la crisis por medio de una “evaluación más subjetiva” de las tendencias dentro del campo de la historia cultural estadounidense.

Por desgracia [...] la historia intelectual no es un todo. No tiene una *problématique* dominante. Sus practicantes no comparten la idea de temas, métodos y estrategias conceptuales comunes. Por un lado, analizan los sistemas de los filósofos; por el otro, examinan los rituales de los analfabetas. Pero se puede clasificar a sus perspectivas

¹⁵ En cualquier caso, Chartier ha declarado que la historia cultural *à la française*, por definición, es más teórica y conceptual que varios modelos alternativos (Chartier, 1997).

Internet: un tema legítimo de historia cultural

de “alto” a “bajo”, y se puede imaginar un espectro vertical en el cual los temas se hacen sombra entre sí, atravesando cuatro categorías principales: la historia de las ideas –el estudio del pensamiento sistemático, por lo general en los tratados filosóficos–, la historia intelectual propiamente dicha –el estudio del pensamiento informal, los climas de opinión y los movimientos literarios–, la historia social de las ideas –el estudio de las ideologías y la difusión de la idea– y la historia cultural –la historia de la cultura en el sentido antropológico, incluyendo las ideas del mundo y las *mentalités* colectivas (Darnton, 1988:46).

La relación entre historia intelectual e historia social debe ocurrir en el marco de una historia cultural de objetivos y métodos selectos. Darnton, a su manera, quiere poner la perspectiva del historiador “a ras de tierra”, más que “invertir” a la comúnmente sancionada conforme a la reflexión teórica y la meditación de la responsabilidad intelectual y científica. Tras descender, pues, a “lo bajo”, el historiador “se mueve debajo del nivel del saber y entra al territorio en el que se encuentran la historia y la antropología”, lo que sucede por lo general, “cuando convergen los temas clasificados vagamente como cultura popular”. Según Darnton, esta supuesta vaguedad en la clasificación ha sido responsabilidad de quienes promueven las ideas rectoras de *Annales* en Francia y otras naciones, y si bien comparte con éstos la visión de que el entusiasmo por la cultura popular “es sintomático de un cambio dentro de la [...] historia social” –algo con lo que Chartier, por ejemplo, estaría plenamente de acuerdo–, no les perdona la confusión que su noción de *mentalité* ha traído a la historiografía; para él, un estudio correcto de la cultura popular no puede partir de una noción, sino que debe empezar con una “concepción coherente de la cultura”, y ésta hay que buscarla en la antropología. La historia cultural debe tener un “espíritu etnográfico”; de lo contrario, será una cosa diferente (Darnton, 1987:11). Fascinado ante la impresión de que los antropólogos mantienen “una orientación común sobre los problemas de interpretación de la cultura” (Darnton, 1988:50) –una impresión verosímil, creo, aunque desde un punto de vista disciplinario, *no* interdisciplinario–, asegura que sólo ellos pueden ayudar al historiador a “resolver esos problemas” y, al mis-

Culturales

mo tiempo, “encaminarlo en la búsqueda de modelos de significado” (Darnton, 1988:49-50, 1986:219-222).

El “espíritu etnográfico” en historiografía convence a la mirada inquisitiva para leer en busca de sentido (Darnton, 1987:12). La noción de un sentido compartido por los miembros de una comunidad (caracterizado por no responder a los modos de razonamiento basados en proposiciones lógicas (Darnton, 1988:50)–, la noción de una “cosmología popular”, es, como podríamos decir en suma, el fundamento del sistema darntoniano, un sistema en cuya operación los conceptos de representación y de consumo cultural activo –ya sean entendidos y empleados a la manera de Chartier o cualquier otra– no tienen cabida (Darnton, 1987). Es de esperar, por tanto, que el orden de las inferencias que Darnton ejecuta no pueda homologarse con aquel orden que siguen las inferencias de Chartier. Y se comprenderá que el primero, en consecuencia, no aplique la misma hermenéutica que el segundo. En efecto, para Darnton la historia cultural no debe trazarse la meta de leer a través de representaciones, pero ha de transformarse en una “ciencia interpretativa” que, desde el punto de vista disciplinario, llegue a ser tan legítima como la antropología (Darnton, 1987:14). Como he dicho, por esta palabra Darnton no entiende más que a la antropología de Clifford Geertz, de la cual ha extraído un concepto de cultura útil para rastrear, en las “partes más oscuras” de los documentos que contienen las voces y experiencias de nuestros antepasados, un “extraño sistema de significados”. Como es sabido, Geertz enseñó que los objetos culturales se comparten debido a que la significación es pública (Geertz, 1987:26); ahora, una sociedad se integra como una comunidad interpretativa merced al vehículo de transmisión de las ideas, esto es, el lenguaje (Darnton, 1987:13). De aquí la sugerencia de Darnton: “Todos nosotros [...] tenemos limitaciones culturales, y compartimos algunas convenciones del idioma. Por ello los historiadores deberían advertir que las culturas modelan la manera de pensar, aun en el caso de los grandes pensadores” (Darnton, 1987:14).

Muchos historiadores y científicos sociales se han alineado con Chartier para criticar las líneas maestras que configuran semejante programa de investigación. Historiadores como

Internet: un tema legítimo de historia cultural

Gabrielle Spiegel, Giovanni Levi, Dominick LaCapra y Lawrence Stone han denunciado el riesgo que una historiografía como la darntoniana supone para los estilos tradicionales de análisis: al estar asentada sobre métodos reduccionistas –de la experiencia a los significados modeladores–, tiende a “poner el problema de la causalidad entre paréntesis”, como ha escrito Spiegel (Spiegel, 1994:123-161; Levi, 1985; LaCapra, 1985:87-94; Stone, 1991:217-218).¹⁶ Ante la proliferación de parecidas declaraciones, el profesor de Princeton ha permanecido impasible. Por lo que a él respecta, su modo antropológico de hacer historia es el indicado. Generalmente rechaza las invitaciones a debatir, o las toma con ligereza. Es la opinión que formo luego de revisar ciertas coyunturas en su itinerario intelectual. En 1986, por ejemplo, publicó un artículo que aparentemente respondía a la dura reseña que Chartier dedicó un año antes, como he relatado, a *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa* –dando así nacimiento a un debate en el que participarían otros importantes historiadores y antropólogos– (Darnton, 1986:218-234).¹⁷ Con su apelación, Chartier abrigaba la esperanza de hacer reflexionar a su colega y animarlo a trabajar juntos para determinar críticamente lo que más le convenía a la historia cultural. Pero Darnton no se dispuso jamás a debatir propiamente, sin embargo de que Chartier no se limitó a manifestar su displicencia ante las elecciones teóricas de su par, sino que intentó demostrar una por una las fallas conceptuales y las inconsistencias analíticas que de ellas derivan en el texto objeto de la reseña mencionada. Sucedió, en fin, que Darnton se molestó, sí, en redactar un largo artículo considerando al del francés, mas no ejercitó en lo absoluto su justo derecho a poner a prueba las tesis que aquél oponía a las suyas, y manifestó, en

¹⁶ En el artículo citado de Lawrence Stone no discute específicamente la obra de Darnton, pero sí las implicaciones teóricas que aparentemente se pueden descubrir en la misma; es indudable que la cuestión sobre el irracionalismo y el nuevo historicismo da lugar a muchas discusiones. Véase también la respuesta de Patrick Joyce y Catriona Kelly a Stone (Joyce y Kelly, 1991:204-213).

¹⁷ Dominick LaCapra, historiador, y James Fernandez, antropólogo, fueron dos de los primeros intelectuales en contribuir al debate –en las páginas del citado *Journal*, por cierto–.

Culturales

síntesis, que seguía “creyendo” en la solidez de su “argumento” (Darnton, 1986:218).¹⁸

Negarse a debatir alegando la “creencia” en que un argumento dado es vigoroso a toda prueba, ¿tiene algún sentido razonable? O ¿qué significa? Darnton parece olvidar que la disparidad en las “creencias” –por utilizar el mismo vocablo– puede ocasionar polémicas entre investigadores. Y si Chartier lo solicitó para entablar un intercambio de tal género, ¿no es obvio que lo animó una “creencia” en lo contrario, esto es, que los dichos de su adversario reprobaban un examen crítico serio? Mas este autor, ciertamente, no enuncia “creer” en que los enunciados de Darnton probablemente contienen fallas lógicas, teóricas o historiográficas, sino que *argumenta* en torno a esa probabilidad empleando el análisis y con el apoyo de ciertos documentos. El profesor de Princeton estaba muy seguro de la corrección teórica de su trabajo; entonces, ¿qué hubiera podido perder si reafirmaba por escrito su postura en una cadena de razonamientos puntuales? Y si de tal modo conseguía invertir y usar en su favor el sentido de las objeciones –como corresponde a quien debate dignamente–, hubiera comprendido que la razón asiste siempre al pensador que, indispuesto a satisfacerse con “creer”, se dedica en cambio a razonar.

El hecho fue, sin embargo, que nuestro autor alzó los hombros, obstinado en su mera profesión de fe, y transcribió en su artículo (casi a la letra) las fracciones medulares del ensayo que da nombre al libro que originó la ofensiva de Chartier, y en donde vierte las “interpretaciones etnográficas” –interpretaciones “densas”, como en el método de Geertz¹⁹ con las que pretende “dar con el motivo de la risa” de los perpetradores de una matanza de gatos ocurrida en 1730 en una imprenta parisina, suceso que analizó a partir del “informe” redactado por un testigo, el aprendiz Nicolas Contat, en *circa* 1762 (Darnton,

¹⁸ Las palabras exactas de Darnton en inglés son: “My critics raised some questions [...] I would like to discuss those questions, not as a rebuttal to the criticism, *for I still think my argument stands...*” Las cursivas son mías.

¹⁹ Sobre el método de la “interpretación densa” –*thick description*, en inglés–, que ha dado lugar a multitud de controversias y malos entendidos, véase Geertz, 1987:19-40.

Internet: un tema legítimo de historia cultural

1987:81-108). Darnton justificaba así su creencia. En cuanto a mí, el dictamen es inequívoco: el texto sobre los gatos y la mayoría de los que lo acompañan son demasiado problemáticos para no incitar ejercicios de refutación.²⁰

Sin embargo, Darnton, como ya he dicho, también es hombre que reflexiona y, hasta cierto punto, contribuye a debates de orden filosófico y a la crítica historiográfica. La obra de Chartier, por ejemplo, le parece una referencia obligada para todo historiador de la cultura. Sin embargo, la juzga incompleta porque no contiene la explicación de cómo realizan efectivamente los miembros de las clases subalternas aquella apropiación activa, cultural, de los materiales escritos que difunden las clases dominantes (Darnton, 1993:203-204). Al desarrollo sistemático que hace Chartier de este particular, creo, lo avala una coherente modelización teórica. El fenómeno de la apropiación, observable en el juego de las representaciones, de algún modo se explica por sí mismo. Pero es de la empresa historiográfica seguir las trayectorias de la lucha social y cultural a propósito del acceso a la información y sus diversos usos, pues en tal proceso hay una historia que se define. La apropiación activa de los productos culturales, entendida como un concepto válido para el análisis histórico, admite su incorporación en un modelo explicativo de alcances más generales –o, si se permite la expresión, hasta donde Chartier los prolongue–; cumple, por tanto, una función heurística cuyos resultados deben criticarse por lo que

²⁰ Me permito exponer un breve comentario en relación con la interpretación darntoniana de la matanza de los gatos: no obstante el valor simbólico con que nuestro autor ve investidos a todos los elementos y personajes del ritual –en este caso, según él, los “asesinos”, los “asesinados”, los dueños de éstos; en suma, el elenco total poseedor de un papel determinado en la matanza–, y más allá del interés que revista el descubrimiento de un espíritu étnico propio de una comunidad, pienso que este estudio no difiere formalmente de esa lectura semiótica elemental que hace un detective cuando acude a la escena del crimen, colecciona pistas e infiere a partir de ellas el modo en que se dio el acontecimiento y la personalidad de quien o quienes lo propiciaron, considerando, además, sus posibles motivaciones; por otra parte, con semejante interpretación de las creencias y ritos compartidos por el proletariado, o cuasi proletariado, de París, y cuyo origen se presume centenario, difícilmente se justifica la existencia de esa “francesidad” [*frenchness*] característica, el “espíritu local” o “nacional”, podríamos decir, de los galos, que Darnton pretende revelar.

Culturales

acusan en relación con el valor de una metodología específica, y no con un intento por nutrir a la epistemología de cualquier disciplina. Enjuiciando aquella supuesta incompletitud, acaso Darnton inconscientemente desearía que su colega describiese paso a paso cómo se da la apropiación en la mente de las personas; que dibuje, digamos, el “mapa sináptico” que trazan las ideas durante su recorrido neurológico hasta ser apropiadas. Temo no estar seguro de que debemos tomar esto como una simple broma; en cualquier caso, es fundamental entender que para Darnton el proceso real de la lectura está sepultado bajo el misterio, asunción de límites cognoscitivos que ha regulado la evolución de su historiografía referente a ese tema de la cultura y la pedagogía (Darnton, 1993:178, 1982:65-83).

3. El modo en que leemos actualmente constituye una “actividad a la vez familiar y extraña”, dice Darnton, y es difícil revelar su sentido, mas no tanto como exhumar el que iba implícito en los estilos de lectura corrientes en otras épocas. Estima comprobado un hecho interesante: desde el siglo dieciséis y hasta cierta coyuntura de la modernidad clásica, la lectura y la vida estuvieron íntimamente relacionadas, algo que sorprendería detectar hoy (Darnton, 1993:178-179). Alude a los ejemplos de Jean Ranson, un voraz lector de Rousseau que organizó la educación de sus hijos conforme a las preceptivas del *Emilio*, y de Menocchio, un molinero que exasperó a los inquisidores por derivar singulares ideas cosmológicas de ciertas lecturas profanas y sagradas (Ginzburg, 1986). El vínculo podía trabarse al punto de que estos antepasados sentían como si la ficción “cobrase vida”. Para controlar la observación y el análisis de un parecido fenómeno, Darnton sugiere investigar siguiendo un método comparativo novedoso, inconfundible con una estrategia de cuantificación aplicada en los documentos,²¹ puesto que se le dotará técnicamente para enfatizar los aspectos cualitativos; esta dotación técnica provendrá de la bibliografía analítica inglesa (Darnton, 1993:180-182). He aquí una evidente convergencia entre sus procedimientos y los de Chartier. La bibliogra-

²¹ Lo que se debe rechazar, opina, por cuanto da lugar a generalizaciones excesivas.

Internet: un tema legítimo de historia cultural

fía analítica es útil para desarrollar una teoría de la respuesta del lector; sin embargo, no basta para superar los obstáculos impuestos a la observación empírica por el supuesto nimbo de misterio que rodea al proceso efectivo de la lectura en la mente humana. Con el objetivo de lograr esto, Darnton propone inaugurar una “historia externa de la lectura” mediando comparaciones entre las prácticas de lectura identificadas en varios países, lo cual implica atender particularidades, una vía analítica difícil de consumir cuando se trabaja con series de datos.

Ofrece, además, tácticas para conducir la inquisición empírica, sugerencias para la clasificación de lo encontrado en archivos, etcétera. Con los elementos recientemente enumerados, nuestro historiador termina la cimentación teórica de su programa. Propone dos aproximaciones posibles a los materiales: una macroanalítica y otra microanalítica. La primera es elegible para fines comparativos; la segunda, para fines de precisión cuando se intenta derivar conclusiones generales de un documento aislado. El macroanálisis debe llamar la atención sobre la importancia de los análisis temáticos en las literaturas de cada país, de manera que el historiador pueda ubicar los momentos en que surgen las “sensibilidades literarias” (Darnton, 1993). El microanálisis deberá centrarse en los aspectos materiales de las bibliotecas particulares, de suerte que sea factible vincular en una síntesis explicativa el “qué” con el “quién” de la lectura, y en los registros de las bibliotecas de préstamo –cuyo apogeo en grados diversos se vivió en la mayoría de las potencias europeas durante el siglo dieciocho–, para “establecer relaciones entre los géneros literarios y las clases sociales” (Darnton, 1993:185-187). En esta época clásica de la modernidad, ¿cómo leían los lectores normales? El historiador debe poder captar algo de lo que significaba la lectura para las pocas personas que dejaron algún informe al respecto, y Darnton sugiere que los relatos autobiográficos brindan algunas pistas –advirtiendo, lo mismo que Chartier, sobre los cuidados que se deben tomar al escrutar documentos de ciertas clases; por ejemplo, los inventarios *post-mortem*, en los cuales vale esperar detectar el “sesgo ideológico” que determinó su formación– (Darnton, 1993:185; Chartier, 1994b:90).

Culturales

Y una vez que el historiador finalice la selección documental y ponga ante sus ojos el archivo personal que ha creado, se preguntará cómo coordinar los hallazgos. Es evidente que al interpretar de este modo la faena del investigador Darnton se nos revela como un hombre decididamente muy poco propenso a la teorización y, en cambio, sumamente preocupado por la síntesis narrativa. En su opinión, el historiador procederá sabiamente cuando adopte un “modelo general” parecido al que inventó Rolf Engelsing hacia 1969, el cual posee “la atrayente simplicidad de un antes y un después” y ofrece “una fórmula manejable para contrastar modos de lectura en la historia europea muy temprana y muy tardía”, resultando inaceptables, no obstante, tanto su linealidad como el poco lugar que deja para ensayar “pruebas de hipótesis” (Darnton, 1993:188).²² En efecto, para Darnton la prueba hipotética será obligatoria cuando el historiador amplíe su observación hacia el campo de la iconografía y sus requisitos, incluyendo el mobiliario y la vestimenta, y realice hipótesis mejor informadas y más resistentes al examen epistemológico (Darnton, 1993:190).

4. Pero, más que atenerse a las demandas rigurosas del pensar empleando modelos, lo ideal desde un punto de vista estrictamente historiográfico es diseñar estrategias que nos permitan entender “los procesos internos por los que los lectores dan sentido a las palabras” (Darnton, 1993:193). Esos “procesos internos” son para Darnton los “procesos cognitivos” que, al no haber sido descritos hasta la fecha por los neurólogos, hacen de la lectura ese “misterio” al que me referí, dejando al historiador la alternativa de intentar “desarrollar una manera de estudiar los cambios en la lectura dentro de nuestra propia cultura”, esto es, la cultura que se fraguó durante las épocas moderna y contemporánea y se mantiene, aunque no sin alteraciones fundamentales —ejemplo obvio: los avances en los medios de comunicación electrónicos—, hasta nuestros días (Darnton, 1993:193, 1982:78).

²² Chartier critica lo que llama una “visión nostálgica” de los ilustrados en Engelsing y otros autores, como Robert Mandrou, quienes afirman la existencia de una práctica intensiva de la lectura en las veladas francesas entre los siglos diecisiete y diecinueve sin comprobar la escasez de los testimonios que podrían apoyar tal conclusión (Chartier, 1994b:98).

Internet: un tema legítimo de historia cultural

Darnton propone cinco estrategias:

- 1) Analizar fuentes contemporáneas “a fin de descubrir algunas nociones básicas de lo que las personas creían que ocurría al leer”.
- 2) Seguir el rastro de las ideas sobre la lectura en los anuncios comerciales y prospectos de libros (en relación con esto, juzga digno de mención el que, en el siglo dieciocho, “los anunciantes daban por supuesto que sus clientes se preocupaban por la calidad física de los libros. Compradores y vendedores compartían por igual una conciencia tipográfica actualmente casi extinguida”).
- 3) Analizar los informes de los censores, “al menos en el caso de los libros franceses en la Edad Moderna, cuando la censura estaba altamente desarrollada, aunque no fuera demasiado eficaz”.
- 4) Establecer una “cierta colaboración entre la crítica literaria y la historia del libro”. Se trata de combinar el análisis textual con la investigación empírica en el camino de completar una teoría de la respuesta del lector.
- 5) Efectuar análisis basándose en la bibliografía analítica para “reforzar” las consecuencias teóricas a que apunta la estrategia anterior (Darnton, 1993:193-203).

Ahora bien, Darnton, en tanto que se niega a incorporar un concepto de representación análogo al que emplea Chartier, y ni siquiera algún otro que funcione, al menos, como referente teórico que libre al historiador de rendirse a la fascinación por los misterios del psiquismo y lo impulse a desarrollar una historiografía cultural menos relativista; Darnton, supuesto que ha renunciado a debatir a fondo el problema del racionalismo y sacudirse un tanto la gigantesca influencia que la antropología cultural (según la ha interpretado) ejerce sobre él, no puede sino resumir su idea de la historia de la lectura en estos términos:

La lectura [...] no fue siempre y en todas partes la misma. Podemos pensar en ella como un proceso lineal consistente en extraer información de una página; pero, si la examinamos más en detalle, esta-

Culturales

remos de acuerdo en que la información puede cribarse, clasificarse e interpretarse. Los esquemas interpretativos pertenecen a las configuraciones culturales, que han sufrido enormes cambios con el paso del tiempo. Dado que nuestros antepasados vivían en mundos intelectuales diferentes, debieron de haber leído de manera distinta, y la historia de la lectura podría ser tan compleja como la historia del pensamiento. Tan compleja, de hecho, que los cinco pasos [...] podrían llevarnos en direcciones dispares o hacernos dar vueltas indefinidamente en torno al problema sin penetrar en su núcleo. No hay rutas directas ni atajos, pues la lectura no es algo diferenciado, como una constitución o un orden social, que pueda rastrearse a través del tiempo. Se trata de una actividad que implica una relación peculiar –por una parte, el lector; por otra, el texto. Aunque lectores y textos han variado según las circunstancias sociales y tecnológicas, la historia de la lectura no debería reducirse a una cronología de tales variaciones. Habría de ir más allá y abordar el elemento relacional en el mismo corazón del asunto: ¿cómo construyen los lectores cambiantes textos mudables? (Darnton, 1993:206).

Es evidente que en Darnton alienta un espíritu de complicación; excepto que esta complicación no parece dirigirse a incrementar el contenido informativo de alguna teoría, por consiguiente, a incrementar nuestro conocimiento, y da lugar a contradicciones. Ya lo vemos en el extracto recién citado. Apparentemente, Darnton está interesado en historiar la lectura; sin embargo, ¿cómo podrá lograrlo, cuando ni siquiera da por supuesto que tal historia sea factible? Si la lectura, o el pensamiento humano mismo, es un enigma insoluble, postular que su esencia es “compleja” o “laberíntica” no da esperanzas de solución, en persecución de la cual los investigadores se condenen a perderse en círculos y no penetrar jamás en el “núcleo” de tan fascinante “cosa en sí”.

Pienso que siempre será difícil para un conjunto de estudiosos honestos acordar sobre lo que Darnton entiende por sentido, texto, método, conocimiento y otros tantos conceptos o nociones pertinentes al análisis de la lectura en perspectiva histórica. Y es manifiesto que el citado historiador no estima inadecuado componer una narrativa histórica sobre la base de perplejidades asumidas y más o menos confesadas. Resulta que el descontrol

Internet: un tema legítimo de historia cultural

analítico constituye una faceta interesante en la historiografía darntoniana, en la cual, por lo menos en una ocasión, se alcanza el grado de hacer depender la capacidad perceptiva total del hombre de su actividad lectora: “Si pudiéramos entender cómo ha leído, podríamos aproximarnos a la comprensión de cómo daba sentido a la vida. Y de esa manera, una manera histórica, seríamos capaces de satisfacer algo de nuestro propio anhelo de sentido” (Darnton, 1993:206).

5. Pero Darnton, como dije, también ha trabajado, y mucho más, en la historia de los libros. Ésta es posible cuando se tiene un modelo general que regule un análisis de los sistemas de fabricación y difusión social de los textos impresos (Darnton, 1982:67). Nuestro autor propone rotular a semejante historiografía como “la historia cultural y social de la comunicación por vía impresa” (Darnton, 1982:65). El objeto central, aquí, es el proceso de la comunicación, y sería injusto negar que la obra darntoniana relativa al mismo es de las mejores. Los libros, considerados incluso en su materialidad –por convencimiento de la bibliografía analítica–, se insertan en un circuito de la comunicación cuyos elementos son el autor, el publicista o editor, el impresor, el transportador, el vendedor de libros y el lector:

El circuito cumple un ciclo completo. Al transmitir los mensajes, los va transformando en el camino, mientras pasan del pensamiento a la escritura y de ahí a la imprenta, para volver más tarde al pensamiento. La historia del libro se ocupa de cada una de las fases del proceso y de éste como un todo, considerando sus variaciones en el espacio y el tiempo y sus relaciones con otros sistemas –económico, social, político, cultural– en el ambiente circundante (Darnton, 1982:67; la traducción es mía).

Ahora, en su dedicación a estos estudios y contrastando con sus análisis de la lectura, Darnton despliega una visión metodológica muy correcta, así cuando afirma que el modelo circuito de la comunicación es aplicable a todos los periodos de la historia del libro impreso (Darnton, 1982:67, 2000b). Esto muestra su comprensión de la utilidad metodológica efectiva de los modelos: supuesto que se les entienda como instrumentos

Culturales

de análisis justificados por una teoría, operan dependiendo de que existan objetos que se puedan relacionar en virtud de sus características comunes y haciendo abstracción del tiempo. Darnton advierte más sobre la metodología:

No digo que la historia de los libros debe ser escrita de acuerdo con una fórmula estandarizada, pero intento mostrar la manera en que sus elementos diversos pueden ser organizados en un esquema conceptual único [...] No obstante el modo en que los historiadores definen su materia, no recuperarán plenamente el significado que la misma ofrece a menos que la relacionen con todos los elementos que se conjugan en un circuito para la transmisión de textos (Darnton, 1982:75; la traducción es mía).

Las preguntas propias de una investigación que aborda en conjunto los libros y la lectura deben formularse a propósito de la persona del lector, el material que éste lee, las condiciones sociales de la lectura, los efectos que produce y el momento en que se realiza. Los estudios literarios necesitan ser complementados por una sociología de los textos y una técnica analítica como la que provee la bibliografía anglosajona. Reflexionando sobre estos puntos, Darnton ha concluido razonablemente que la historia del libro debe abordarse a escala internacional y en atención a programas interdisciplinarios que aporten la coherencia conceptual para restituir la complejidad de los patrones en que operan los circuitos de la comunicación (Darnton, 1982:80-81).

Por otra parte, Darnton aconseja suspender las cavilaciones sombrías en torno a la posible desaparición del libro. Las prácticas de lectura y las tecnologías de comunicación evolucionan con el tiempo, de acuerdo, eso se da por supuesto; pero más importa juzgar las alteraciones inmediatas que cada una de esas evoluciones –o revoluciones, como suele escribir Chartier– provoca en la vida cotidiana. Temer la desaparición del libro, piensa Darnton, se explica por la comprobación de que los tipos móviles de imprenta son mucho más lentos que la Internet para mantener al público al día de todo lo que ocurre (Darnton, 1999d:5). La Internet, por tanto, debe ser considerada como un

Internet: un tema legítimo de historia cultural

problema eminentemente práctico. Si gracias a este instrumento es posible superar las limitaciones de la imprenta mecánica, entonces toca determinar la mejor manera de utilizarla, previendo y valorando cuidadosamente las ventajas y desventajas a que ello dará lugar. Darnton propone que el libro puede mantener una doble materialidad: la objetiva, tradicional (pliegos de papel encuadernados), y la que es propia del “ciberespacio”. Se trataría, entonces, de “suplementar” al libro con publicaciones electrónicas diseñadas específicamente para ciertos propósitos y públicos (Darnton, 1999d:5, 1999e); he aquí, sin duda, un plan que descansa necesariamente en un conocimiento teórico, el cual, para Darnton, no puede ser otro que el de la función efectiva de un circuito comunicativo en una sociedad de cualquier época. Y si esto es así, queda claro que considera, digamos, muy disciplinariamente a la Internet, estimándola como una consecuencia ineludible de su propia visión histórica de la transmisión textual.

6. Comencé este apartado informando sobre el nerviosismo de Darnton a propósito de los altos costos y otros factores que hacen peligrar la supervivencia de las monografías eruditas. Y si bien sus balances pesimistas sobre la crisis comercial en este campo han sido muy criticados –haciéndole notar, por ejemplo, ciertos descuidos y exageraciones en sus evaluaciones económicas–, él enfatiza la gravedad de la situación en que se verán envueltas las generaciones jóvenes de académicos cuando no encuentren muchas opciones para publicar, con lo que sus carreras, por obvias razones, se verán amenazadas (Faherty, 1999).

Pero, las publicaciones electrónicas ¿representan la solución? Darnton invita a poner los pies en la tierra y desechar los entusiasmos utópicos. Los eruditos no deben bajar la cerviz ante la Mano Invisible tan querida por cierta escuela de economistas, verter los materiales al mercado electrónico y sentarse simplemente a esperar:

El ciberespacio, como la economía, necesita de regulación. Los académicos deben imponer reglas y garantizar la calidad y el control en su mundo, lo cual pueden hacer si atacan la crisis en un frente doble:

Culturales

ahí en donde los eruditos jóvenes editan sus tesis (*dissertations*) como libros y ahí en donde los eruditos veteranos experimentan con nuevas clases de erudición (Darnton, 1999d:6).

Nueva pregunta: ¿puede la Internet ayudar a los estudiantes de historia? Para Darnton es así, en tanto que los jóvenes, cuando apelen a la Red, no desarrollen un entendimiento incorrecto de la investigación en sí misma y de las materias que estudien (Darnton, 1999e). La Internet es un ambiente complicado al que se debe incursionar con la guardia en alto a propósito de numerosos factores técnicos. La historia, dice Darnton, es una ciencia interpretativa cuyos argumentos se basan en evidencias; por tanto, es un error leer un artículo aislado en una pantalla sin guardar la noción debida del contexto que moldea su significado. Es justo a este propósito que los académicos experimentados necesitan tomar el control y evitar que las producciones de su gremio sean archivadas en un sitio web y arregladas sin mayor cuidado por medio de hipervínculos (Darnton, 1999e). Darnton ha propuesto una “organización piramidal” de los textos en la página en seis estratos jerarquizados: el estrato más alto contendría un recuento conciso de la materia; el estrato inmediatamente inferior presentaría versiones expandidas de los aspectos del argumento, pero no estilizados en una narrativa, sino como unidades autocontenidas útiles para alimentar a la historia que se está escribiendo; un descenso más y se tendría un estrato compuesto por documentación de diferentes clases acompañada por grupos de ensayos interpretativos; más abajo, el cuarto estrato sería quizá teórico y reuniría selecciones de discusiones eruditas sobre los particulares en cuestión; el quinto estrato podría ser pedagógico, hecho del contenido de sugerencias y discusiones llevadas a cabo en clase; por último, el sexto estrato estaría conformado por reportes de lectura, intercambios entre autores y editores y cartas de los lectores (Darnton, 1999d:7, 1999c:135). Una vez que la página esté lista, los estudiantes de historia y los historiadores ya graduados decidirán qué porción les conviene analizar e irán estableciendo hipervínculos entre los sitios que ofrezcan textos sobre las temáticas de su interés.

Internet: un tema legítimo de historia cultural

Y así, ha dicho Darnton, poco a poco y sin remedio, la Internet transformará no sólo las prácticas historiográficas sino el “mundo del aprendizaje” en general (Darnton, 1999d:7).

IV

Al modelo darntoniano del texto electrónico piramidal se le ha criticado el no tener muy en cuenta el impacto que muchas limitaciones tecnológicas de que padece aún la Internet podrían tener en la investigación. Joel D. Kitchens, por ejemplo, ha señalado que la posibilidad de la lectura selectiva en tal medio causaría efectos adversos en el contexto del material (Kitchens, 2000:14). Quiere decir que los lectores concentrados en fragmentos temáticos arriesgan fallas de interpretación no despreciables cuando renuncian a examinar el contexto en el cual un autor coloca materiales originales o de apoyo; además, los documentos enlazados hipertextualmente pueden educar mal a los usuarios y hacer que seleccionen para leer sólo aquello con lo que están de acuerdo o les produce agrado, tendencia que podría desembocar en un peligro para la computadora, pues, como explica Kitchens, no sería raro que un lector, confiando en el poder de la conexión que suele usar para acceder a la Internet, cayera en la tentación de abrir demasiadas ventanas a la vez y, con ello, determinar el colapso del sistema. Por otra parte, si ese mismo lector opta por cerrar las ventanas con el fin de evitar la saturación, es harto probable que encuentre difícil retornar al primer documento que abrió al iniciar su navegación.

Estos apuntes preventivos a propósito del estado de una tecnología son de todo punto pertinentes. La computadora está construida con base en ciertas leyes físicas y principios de la cibernética; por tanto, se le reconoce como una generación experimental. El supuesto de que la aplicación tecnológica de una ley física puede mejorar implica que el periodo de vida de cualquier auxiliar para la investigación –en este caso, un auxiliar electrónico: el programa computacional– está, por definición, condenado a la descompostura y sujeto a caducidad, hecho cuya verificación no se hará extrañar en ningún futuro pues,

Culturales

como se sabe, la ley de la conservación de la energía muestra la imposibilidad de construir máquinas de movimiento perpetuo.

Sea como fuere, las especulaciones sobre los métodos idóneos para mejorar el rendimiento tecnológico del electrón en flujo no sobresalen entre las tareas intelectuales del historiador. Es obvio que las disertaciones de Roger Chartier y Robert Darnton acerca de cuestiones computacionales nunca serán recibidas como las más autorizadas, pero otra cosa ocurre con su historiografía, con la capacidad de sistema que ambos han desplegado para forjar una historiografía modélica. Y así he intentado mostrarlo: cada uno a su manera, nuestros autores han establecido las razones por las que un objeto de la tecnología se convierte en un problema histórico. El orden del discurso humano, el sentido de la comunicabilidad humana, el método de los estudios teóricos relativos a lo social se han visto afectados en numerosos aspectos con el advenimiento de la Internet. Ver a Chartier, preocupado por la digna conservación de los libros antiguos al lado de las bibliotecas reducidas a archivos electrónicos, y quien, ansioso por participar activamente en la transformación, deseando que se escuche su voz de historiador, caviló sobre la posibilidad de una “biblioteca total” computarizada mientras fungió como presidente (1990-1994) del consejo científico en el proyecto de la nueva catalogación de la Biblioteca de Francia (Chartier, 1995a:249-250, 2000:18). Ver a Darnton, preocupado por suplementar al libro antiguo con “libros electrónicos” que eviten angustias económicas e institucionales a los historiadores, noveles o veteranos. Ciertamente, dada la viveza de sus preocupaciones pragmáticas y didácticas –en comparación con las de Chartier–, su esfuerzo ha estado dedicado con mayor constancia a reflexionar sobre, pero especialmente *a participar en*, la transformación. Por lo pronto, su primer “libro electrónico”, intitulado *An Early Information Society: News and the Media in Eighteenth-Century Paris*, puede ser consultado en la página web de la *American Historical Review*, en cuyo portal vemos una reproducción del lienzo *L'arbre de Cracovie*, el cual Darnton había utilizado ya como ilustración para un libro “no electrónico” (Darnton, 2000a). En el texto argumenta que cada era, a su modo, es de la información, y los sistemas de

Internet: un tema legítimo de historia cultural

comunicación siempre han modelado los eventos, línea de pensamiento que ya había desarrollado en el capítulo 5 de *The Kiss of Lamourette: Reflections in Cultural History* (Darnton, 1989). Como era de esperar, el material está dividido en “estratos piramidales” hipervinculados; quien los rastree descubrirá mapas de los cafés más concurridos del París dieciochesco, descripciones de las charlas de café al uso en las vísperas revolucionarias, las letras de hasta 14 canciones cómicas populares en París hacia 1750, la grabación –que puede tocarse en Real Player o en Quick Time– de un concierto de cabaret interpretado en francés e inglés por Hélène Delavault, un espacio de opinión y discusión para los lectores, etcétera.

Vale la pena incursionar en este reducto del espacio cibernético. Quien lo haga deberá reconocer la pertinencia y exactitud de los balances críticos, de los análisis historiográficos e, incluso, de las profecías culturalistas que he revisado aquí. Por supuesto, tal reconocimiento no significa que Darnton y Chartier tengan la razón en definitiva. Quizá lo constante sea más bien lo contrario. En efecto, mi discurso patentiza la opinión de que una cantidad notable de ejercicios teorizantes y determinadas actitudes científicas de nuestros historiadores merecen, respectivamente, una crítica profunda y la total deploración por parte de quien se halle comprometido en desarrollar a la historia como un cuerpo de conocimiento tan informado y de tal manera construido que su examen resulte *difícil* –esto es, *interesante* desde una perspectiva epistemológica– para la filosofía de la ciencia. Es verdad que los análisis de Chartier y Darnton demuestran una relación existente entre la Internet y el libro en el contexto de un circuito comunicativo. Sin embargo, es innegable, después del estudio pormenorizado, que tal demostración se adquiere más por la *consistencia interpretativa* que cada historiador alcanza por sus destrezas retóricas y heurísticas, que por dominar y servirse de una teoría completa. De cualquier modo, es un hecho que ofrecen, por lo menos, justificaciones verosímiles para incorporar a la Red y objetos relacionados en una historia cultural, y con ello despiertan en sus colegas el ánimo de promover investigaciones y organizar debates de trascendencia para el fortalecimiento teórico y la salvaguarda de la

Culturales

historiografía general, así como para el eventual incremento de su prestigio.

Bibliografía

- AYMARD, Maurice, “La historia italiana: una desconocida”, *Revista Mexicana de Sociología*, año XIX, vol. XLIX, núm. 3, pp. 249-254, julio-septiembre de 1987.
- BIRKERTS, Sven, *The Gutenberg Elegies: The Fate of Reading in an Electronic Age*, Faber and Faber, Boston y Londres, 1994.
- BOLTER, J. D., *Writing Space: The Computer, Hypertext, and the History of Writing*, Laurence Erlbaum Associates, Hillsdale (Nueva Jersey), 1991.
- BOURDIEU, Pierre, *Capital cultural, escuela y espacio social*, Siglo XXI (2ª ed.), México, 1998.
- BRAUDEL, Fernand, *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, México, 1989.
- BURGUIÈRE, André (dir.), *Diccionario de Ciencias Históricas*, Akal, Madrid, 1991.
- BURKE, Peter, *Historia y teoría social*, Instituto Mora (Colección Itinerarios), México, 1997.
- , *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los “Annales”: 1929-1989*, Gedisa, Barcelona, 1993.
- CHARTIER, Roger, “¿Muerte o transfiguración del lector?”, *Revista de Occidente*, núm. 239, pp. 72-86, marzo de 2001.
- , *El juego de las reglas: lecturas*, Fondo de Cultura Económica (Sección de Obras de Historia), México, 2000.
- , “Interview”, *SHARP News*, vol. 6, núm. 2, pp. 2-8, invierno de 1997.
- , “Gutenberg Revisited from the East”, en *Late Imperial China*, vol. 17, núm. 1, pp. 1-9, 1996.
- , *Sociedad y escritura en la Edad Moderna*, Instituto Mora (Colección Itinerarios), México, 1995a.
- , *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Gedisa, Barcelona, 1995b.

Internet: un tema legítimo de historia cultural

- CHARTIER, Roger, “The End of the Reign of the Book”, *Le Monde*, 9 de junio de 1995c.
- , *El orden de los libros. Lectores, autores y bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Gedisa (Colección Lea), Barcelona, 1994a.
- , *Lecturas y lectores en la Francia del Antiguo Régimen*, Instituto Mora (Cuadernos de Secuencia), México, 1994b.
- , *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Alianza Universidad, Madrid, 1993.
- , *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Gedisa, Barcelona, 1992.
- , “Libro”, en André Burguière (dir.), *Diccionario de Ciencias Históricas*, Akal, Madrid, 1991.
- , “Texts, Symbols, and Frenchness”, *The Journal of Modern History*, vol. 57, núm. 4, pp. 682-695, diciembre de 1985.
- CHARTIER, Roger, y Daniel Roche, “El libro. Un cambio de perspectiva”, en Jacques Le Goff y Pierre Nora (dir.), *Hacer la historia*, vol. 3, pp. 119-140, Laia, Barcelona, 1980.
- CHARTIER, Roger, y Guglielmo Cavallo (dir.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Taurus, Madrid, 1998.
- CROSSON, Frederick, y Kenneth Sayre, *Filosofía y cibernética*, Fondo de Cultura Económica (Sección de Obras de Filosofía), México, 1982.
- DARNTON, Robert, “An Early Information Society: News and the Media in Eighteenth-Century Paris”, 2000a (primer artículo electrónico producido para la *American Historical Review*), en <http://www.indiana.edu/~ahr/darnton>.
- , “Paris: The Early Internet”, en *The New York Times Review of Books*, 29 de junio de 2000b.
- , “Three Problems in Search of a Solution”, en *Perspectives. The Newsmagazine of the American Historical Association*, febrero de 1999a, en <http://www.theaha.org/perspectives/issues/1999/9902/9902PRE.CFM>.
- , “A Program for Reviving the Monograph”, en *Perspectives. The Newsmagazine of the American Historical Association*, marzo de 1999b, en <http://www.theaha.org/perspectives/issues/1999/9903/9903PRE.CFM>.

Culturales

- DARNTON, Robert, "A Historian of Books, Lost and Found in Cyberspace", en *The Chronicle of Higher Education*, pp. 134-135, 12 de marzo de 1999c.
- , "The New Age of the Book", en *The New York Times Review of Books*, pp. 5-7, 18 de marzo de 1999d.
- , "No Computer Can Hold the Past", en *The New York Times on the Web*, 12 de junio de 1999e, en <http://www.nytimes.com/99/06/17/early/>.
- , "Historia de la lectura", en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, Alianza Universidad, Madrid, 1993.
- , *The Kiss of Lamourette: Reflections in Cultural History*, W. W. Norton, Nueva York, 1989.
- , "Historia intelectual y cultural", *Historias*, núm. 19, pp. 41-56, México, D. F., octubre-marzo de 1988.
- , *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, Fondo de Cultura Económica (Sección de Obras de Historia), México, 1987.
- , "The Symbolic Element in History", *The Journal of Modern History*, vol. 58, núm. 1, pp. 218-234, marzo de 1986.
- , "What is the History of Books?", *Daedalus*, vol. 111, núm. 3, pp. 65-83, verano de 1982.
- , "Writing News and Telling Stories", *Daedalus*, vol. 104, núm. 2, pp. 175-194, primavera de 1975.
- , y Keiji Kato, "The Bookless Future: An Online Exchange between Robert Darnton and Keiji Kato (1)", *The Book & The Computer Quarterly*, invierno de 2001a, en <http://www.honco.net/100day/03/2001-0607-dk1.html>.
- , "The Bookless Future: An Online Exchange between Robert Darnton and Keiji Kato (2)", *The Book & The Computer Quarterly*, invierno de 2001b, en <http://www.honco.net/100day/03/2001-0607-dk2.html>.
- DE CERTEAU, Michel, *La escritura de la historia*, Universidad Iberoamericana (Departamento de Historia), México, 1993.
- DOUGLAS, Jane Y., "Will the Most Reflexive Relativist Please Stand Up: Hypertext, Argument and Relativism", en Ilana Snyder (comp.), *Page to Screen: Taking Literacy into Electronic Era*, pp. 144-161, Routledge, Londres y Nueva York, 1998.
- FAHERTY, Robert L., "Response to Richard Ekman", texto pre-

Internet: un tema legítimo de historia cultural

- sentado en la sesión del 27 de marzo de 1999 de la Association of American University Presses (AAUP) sobre la economía de las publicaciones eruditas, en <http://www.arl.org/scomm/ncsc/faherty.html>.
- FEBVRE, Lucien, *Combates por la historia*, Ariel, Barcelona, 1970.
- FOUCAULT, Michel, *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, México, 1999.
- GEERTZ, Clifford, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 1987.
- GERSMAN, Gudrun, “‘I Like Contradictions’. The American Historian Robert Darnton on E-Journals and Use of the Internet”, *Zeitenblicke*, año 2, núm. 2, 2003, en <http://www.zeitenblicke.historicum.net/2003/02/interview.html>.
- GINZBURG, Carlo, “Microhistory: Two or Three Things That I Know about It”, *Critical Inquiry*, vol. 20, núm. 1, pp. 10-35, 1993.
- , *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia*, Gedisa, Barcelona, 1989.
- , *El queso y los gusanos: el cosmos, según un molinero del siglo XVI*, Muchnick Editores, Barcelona, 1986.
- , y Carlo Poni, “Il nome e il come: scambio ineguale e mercato storiografico”, *Quaderni Storici*, núm. 40, pp. 181-190, enero-abril de 1979.
- GOLDMAN, Noemí, y Leonor Arfuch, “Historia y prácticas culturales. Entrevista a Roger Chartier”, *Historias*, México, D. F., núm. 35, pp. 3-17, octubre-marzo de 1996.
- GRENDI, Edoardo, “Microanalisi e storia sociale”, *Quaderni Storici*, núm. 35, pp. 506-520, mayo-agosto de 1977.
- GURAK, Laura L., *Cyberliteracy: Navigating the Internet with Awareness*, Yale University Press, New Haven y Londres, 2001.
- IGGERS, Georg G., *Historiography in the Twentieth Century. From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*, Wesleyan University Press, Middletown (Connecticut), 1997.
- , *New Directions in European Historiography*, Wesleyan University Press, Middletown (Connecticut), 1984.
- JOYCE, Patrick, y Catriona Kelly, “History and Post-Modernism”, *Past & Present*, núm. 133, pp. 204-213, noviembre de 1991.
- KIRKPATRICK, David D., “Inside Publishing: The French Revolution

Culturales

- Will Be Webcast”, *Lingua Franca*, vol. 10, núm. 5, julio-agosto de 2000. Disponible en <http://www.linguafranca.com/0007/inside-webcast.html>.
- KITCHENS, Joel D., “Electronic Scholarly Publishing and the Future of History”, *Journal of the Association for History and Computing*, vol. III, núm. 2, pp. 6-18, agosto de 2000.
- LACAPRA, Dominick, *History & Criticism*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1985.
- LANDOW, George, *Hypertext: The Convergence of Technology and Contemporary Critical Theory*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1992.
- LEVI, Giovanni, “Sobre microhistoria”, en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, pp. 119-143, Alianza Universidad, Madrid, 1993.
- , “I pericoli del Geertzismo”, *Quaderni Storia*, núm. 20, pp. 269-277, 1985.
- LOYD, G. E. R., *Las mentalidades y su desenmascaramiento*, Siglo XXI, Madrid, 1996.
- LYNCH, Clifford, “The Battle to Define the Future of the Book in the Digital World”, *First Monday*, vol. 6, núm. 6, junio de 2001. Disponible en http://www.firstmonday.dk/issues/issue6_6/lynch.
- LYOTARD, Jean-François, *La condición postmoderna*, Cátedra, Madrid, 1994.
- MALINOWSKI, Bronislaw, *Magia, ciencia y religión*, Planeta-De Agostini, Barcelona, 1993.
- McKENZIE, D. F., *Bibliography and the Sociology of Texts. The Panizzi Lectures 1985*, The British Library, Londres, 1986.
- MILLER, David (comp.), *Popper. Escritos selectos*, Fondo de Cultura Económica (Sección de Obras de Filosofía), México, 1995.
- MURRAY, Janet H., *Hamlet on the Holodeck: The Future of Narrative in Cyberspace*, MIT Press, Boston (Mass.), 1997.
- O’DONNELL, James J., *Avatars of the Words: From Papyrus to Cyberspace*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.) y Londres, 1998.
- PAGDEN, Anthony, “Rethinking the Linguistic Turn: Current Anxieties in Intellectual History”, *Journal of the History of Ideas*, vol. XLIX, núm. 3, pp. 519-529, julio-septiembre de 1988.

Internet: un tema legítimo de historia cultural

- REVEL, Jacques, "Microanalysis and the Construction of the Social", texto presentado en el congreso "Memory and History in French Historical Research During the 1980s and the 1990s", Sudáfrica, 12 al 19 de agosto de 2000. Disponible en <http://www.fl.ulaval.ca/celat/histoire.memoire/histoire/cape2/revel.htm>.
- , "La historia y las ciencias sociales, una confrontación inestable", en Bernard Lepetit y otros, *Segundas Jornadas Braudelianas. Historia y Ciencias Sociales*, pp. 79-91, Instituto Mora/UAM-Iztapalapa (Cuadernos de Secuencia), México, 1995.
- , "Mentalidades", en André Burguière (dir.), *Diccionario de Ciencias Históricas*, pp. 470-477, Akal, Madrid, 1991.
- RICOEUR, Paul, *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, Siglo XXI, México, 1999.
- SNYDER, Ilana, *Hypertext: The Electronic Labyrinth*, Melbourne University Press, Melbourne y Nueva York, 1996.
- SPIEGEL, Gabrielle, "Historia, historicismo y lógica social del texto en la Edad Media", en Françoise Perus (comp.), *Historia y literatura*, pp. 123-161, Instituto Mora (Antologías Universitarias. Nuevos Enfoques en Ciencias Sociales), México, 1994.
- STOIANOVICH, Traian, *French Historical Method. The 'Annales' Paradigm*, prólogo de Fernand Braudel, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1976.
- STONE, Lawrence, "History and Post-Modernism. Notes", *Past & Present*, núm. 131, pp. 217-218, mayo de 1991.
- ZAMMITO, John H., "Are We Being Theoretical Yet? The New Historicism, the New Philosophy of History, and 'Practicing Historians'", *The Journal of Modern History*, vol. 65, núm. 4, pp. 783-814, diciembre de 1993.

Sitios web consultados

<http://www.computerhistory.org/>.

<http://www.isoc.org/internet/history/cerf.shtml>.